

72

SIEMPREVIVAS

QUE DEPOSITAN VARIOS INGENIOS

EN LA TUMBA DE SU MAJESTAD LA REINA

DOÑA MARÍA DE LAS MERCEDES DE ORLEANS Y BORBON,

(Q. S. G. H.)



MADRID,
IMPRESA NACIONAL.

1879.

1
3



SIEMPRE VIVAS.

B.P. de Soria



61116299

D-1 1993

D-1
1993
6299

D-2

464

SIEMPREVIVAS

QUE DEPOSITAN VARIOS INGENIOS

EN LA TUMBA DE SU MAJESTAD LA REINA

DOÑA MARÍA DE LAS MERCEDES DE ORLEANS Y BORBON,

(Q. S. G. H.)



MADRID,
IMPRESA NACIONAL.

1879.

ADVERTENCIA DEL COLECTOR.

Una larga y penosa enfermedad retuvo ausente de Madrid al iniciador de este libro cuando se verificó el enlace de S. M. el Rey con Doña María de las Mercedes de Orleans y Borbon. Dolorosamente impresionado más tarde por la súbita muerte de la inolvidable Señora á quien no habia tenido la dicha de saludar en su alcázar, concibió el pensamiento de publicar una corona poética á la memoria de la santa compañera de Alfonso XII.

La invitacion apareció en *La Correspondencia de España* el mismo dia del infausto suceso, dia de luto para todos, absolutamente para todos los españoles, sin distincion de

ideas y aspiraciones políticas. Aquél no fué dia de pensar, sino de sentir, y todos los corazones estuvieron de acuerdo.

No se mostraron sordos á nuestra voz los ingenios de la afligida patria. El Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch acudió el primero, honrando este libro con una poesía expresamente compuesta para él y tan inspirada como breve. Poesía que figura al propio tiempo en otra corona dedicada al mismo tristísimo asunto y publicada por nuestro querido y buen amigo el Ilmo. Sr. D. Juan de Dios de la Rada y Delgado, ex-director del periódico *La Academia*, porque la imposibilidad en el Sr. Hartzenbusch de escribir una composición distinta, el natural deseo del Sr. Rada de que no faltase en su libro nombre tan insigne, y nuestro justo afan de complacerle lo determinaron así.

Dos escritores extranjeros, D. Juan Fastenrath, el celebrado autor de *Las Pasionarias* y *La Walkalla*, á quien nunca fueron indiferentes las alegrías ni las tristezas españolas, y un poeta francés, cuyo nombre no nos

ha sido dable descubrir, han favorecido también este volúmen con los versos que el lector verá más adelante, que las personas entendidas apreciarán en su justo valor, y que nosotros debemos considerar ante todo como una muestra de viva simpatía hácia la patria de la **Reina Mercedes**.

Las poesías que lo componen se han ido incluyendo én el tomo por el órden con que llegaron á nuestras manos, saliéndonos únicamente de esta regla á fin de evitar monotonías nacidas de la semejanza de asunto ó de la igualdad de rima. Confesamos haber dado poca ó ninguna importancia á esta cuestion, convencidos, no sólo de nuestra incompetencia para señalar puestos á nadie, sino de la facilidad con que las obras de arte saben ocupar el suyo por movimiento propio, y obedeciendo á una ley moral tan poderosa como la de la gravedad entre las leyes físicas.

Algunos literatos tan distinguidos como **D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe**, **Don Miguel de los Santos Álvarez**, **D. Eulogio**

Florentino Sanz y D. Manuel Juan Diana, encontrándose conformes con la idea de la publicacion y asociándose al sentimiento general, no han escrito nada para ella por obstáculos que no estuvo en su mano vencer.

A todos da el colector muy expresivas gracias, ya que no por una adhesion debida á más alto sujeto, por la honra que recibe al ver su humilde nombre en tan ilustre compañía.

SIEMPREVIVAS se titula esta coleccion de poesías, casi todas notables, todas sinceras: unidas al recuerdo de quien las ha inspirado, es de esperar que, realmente, no se marchiten nunca.

INTRODUCCION.

Ante el dolor unánime
Que ha de tener cautivas
Todas las almas, huérfanas,
Sin luz, sin norte ya,
Las musas españolas ¿se mostrarán esquivas?
Una corona fúnebre
De amantes siemprevivas
Ese caliente túmulo
Pidiéndonos está.

No es miserable cálculo,
No es sórdida impaciencia
Lo que el silencio atónito
Resuélveme á romper:
Es sed de mis entrañas, es superior violencia,
Es un mandato enérgico
Que dicta la conciencia,
A quien jamás sus órdenes
Dejó de obedecer.

Postrados cuerpo y ánima,
La humilde lira mia
Al canto epitalámico
No quiso unir su són.

Su acento hubiera sido, mezclado á la alegría,
Niebla que empaña el fúlgido
Brillar de un claro dia,
Sollozo largo y lúgubre
Que corta una cancion.

Hoy entra en el horrisono
Clamor que le provoca,
Cual llevan al Occéano
Los rios su caudal.

Las cuerdas de la lira mi mano apénas toca:
El aire melancólico
Tropieza en ellas, choca,
Gimen y se alza trémulo
Su canto funeral.

De su palabra angélica
Yo ignoro la dulzura;
Como á la luna cándida,
De lejos la admiré.....

Mas ví de aquellos ojos la celestial ternura
Y en sus cristales diáfanos
Entera el alma pura
Que siempre amó mi espíritu
Por voluntad y fé.

¡Ay! Yo no pinté el júbilo
Del jóven Soberano;
Yo al sér que adora férvido
No dediqué un cantar;
Yo no acudí al palenque del genio castellano:
Yo no luché solícito
Porque la régia mano
Paga me diese espléndida
Dejándose besar.

¡Vates, pulsad la cítara,
Dadme favor y aliento,
Y admiren estas páginas
Presente y porvenir!
Las unas por la mágia dichosa del talento;
Las otras por el íntimo
Fervor del sentimiento,
Fuerza sencilla y única
Que sabe hacer sentir.

Así han de ser los cánticos
Del alma dolorida
Que hoy salgan de mi peñola
En raudo borboton
Como el torrente busca bramando su salida,
Como la sangre escápase
De la profunda herida
Y al rostro sube en lágrimas
Fundido el corazon!

¿Qué sér no es hoy participe
Del inefáble duelo
De quien en potro bárbaro
Su sólio ve trocar?
Si por la Paz ansiada, dócil á su alto anhelo,
Fué Alfonso el rey perínclito
Del castellano suelo,
Á rey la Muerte elévale
Del luto y del pesar.

No os llamo á entonar cántigas
De glorias y venturas,
No os llamo á buscar ávidos
La sombra del favor:

Os llamo á sembrar flores, no á cosechar dulzuras,
Os llamo á ser intérpretes
De horrendas amarguras
Y cortesanos rígidos
Que adulen al dolor!

CÁRLOS COELLO.

27 de Junio de 1878.

AL SABER LA NOTICIA DE LA MUERTE DE S. M. LA REINA. (*)

La triste nueva de su fin recibo.
¡Era flor de virtud, joven y bella!
Yo, viejo inútil, vivo.
¿Quién fuera digno de morir por ella?

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

(*) El Sr. D. Juan Fastenrath ha tenido la amabilidad de remitirnos, aparte de su composición original, la siguiente versión alemana de los versos de Hartzenbusch:

Sie, der der Tugend und der Schönheit Preis,
verblichen ist des engelreine Wesen!
Ich aber leb', ein schier unnützer Greis
wer wär' für sie zu sterben werth gewesen?

SONETO.

*Morte fura
prima i migliori.....* (1)

Llena de encantos, rica de hermosura,
Para el amor y la virtud nacida,
Tesoro de esperanzas ¿quién la olvida,
Celestial más que humana criatura?

¡Ay! la Muerte al cavar su sepultura,
Envidiosa de verla tan querida,
Dijo cortando el hilo de su vida:

— «Cosa bella, Mortal, pasa y no dura.» (2)

Reina ayer, ángel hoy, siempre dichosa,
Era en la tierra que la pierde, bella,
Pura, sencilla, enamorada esposa.

Claro diamante fué y ahora es estrella.
En una y otra vida es venturosa.
Lloremos por nosotros, no por ella.

ANTONIO GARCÍA GUTIERREZ.

(1) Petrarca.

(2) Petrarca.

FUENTE DE RISAS.—FUENTE DE LÁGRIMAS.

Un raudal y otro raudal,
Por cierto imán atraídos,
Confundieron su caudal;
Y formaron confundidos
Una fuente sin igual.

Tan puros juntos corrieron
Por entre las piedras lisas,
Que cuantos la fuente vieron
Con entusiasmo dijeron....
«Es la fuente de las risas.»

—
Pero un raudal se agotó;
Y el otro, que le faltaba
La mitad en que adoró,
Parecía que lloraba
El agua que le quedó.

Y cesaron las sonrisas,
Y las alegres divisas,
Y el mundo dijo despues....
«¡Ay!... la fuente de las risas,
Fuente de lágrimas es!»

TOMÁS RODRIGUEZ RUBÍ.

SONETO.

La perfumada flor de Alejandría
Yace ya sin aroma, triste, inerte:
Al abrir su corola halló la muerte.....
¡Ay de la pobre flor que vive un día!
La virtud en su sien resplandecía:
La fé tuvo en su pecho asilo fuerte.....
¡Callad; no solloceis; que no despierte
De ese sueño feliz que Dios la envía!
Pulsa el ángel su cítara sonora:
El eco del dolor al hombre espanta:
¡Risueña brilla la naciente aurora!
¡Triste la tierra su oracion levanta!
¡El mundo que la pierde gime y llora;
El cielo que la alberga rie y canta!

JOSÉ JACKSON VEYAN.

EPITAFIO.

Tan pura, tan amante, tan jóven, tan querida.....
¡Y ya de los sepulcros entre el profundo horror!
Secaste ¡oh Padre! en ella las fuentes de la vida.....
¡No seques en nosotros las fuentes del dolor!

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

UN ÁNGEL MÁS.

¡Libre eres ya!.... tu espíritu gemia
De la materia en la grosera tela;
Nuevo horizonte vió con alegría
Y á célica mansion rápido vuela.

¡Dichosa tú!.... Gozaste de la vida
El poder, el amor y la fortuna.
En sueños de placer siempre mecida
Formaste tu ideal desde la cuna.

Y no eras, no, feliz; tierna mirada
Volviste con amor á otras regiones:
Era aquí tu cadena muy pesada,
Y el Señor desató sus eslabones.

¡Arcano singular la vida encierra!....
¡Humo son la riqueza y la hermosura!....
¡Un peregrino ménos en la tierra!....
¡Un ángel más en la celeste altura!....

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

EL 26 DE JUNIO.

I.

Del bronce el són estridente
Resuena en el templo santo:
Corre azorada la gente
Y se aspira en el ambiente
Un tibio calor de llanto.

Marcando apénas la huella
Van el anciano y el mozo,
La matrona y la doncella,
Y el dolor que el labio sella
Sólo interrumpe el sollozo.

Como efecto de un conjuro,
Marchan con paso inseguro
Y en comparsa silenciosa
Hácia la plaza espaciosa
Que limita un alto muro.

De aquellos párpados rojos,
Entre pesar y despecho,
Brotan lágrimas y enojos,
Honda mirada en los ojos,
Más honda pena en el pecho.

Absorto, inmóvil, inerte
Un pueblo entero rodea
El alcázar duro y fuerte
Donde el ángel de la muerte
Su negro lábaro ondea.

Esperanzas que iluminan
El temor que el alma abate,
Trabando rudo combate,
Con un solo afecto animan
Al pechero y al magnate.

¿Qué impulso jamás probado,
Qué unánime pensamiento,
Mezclando clases y estado,
Hace á un pueblo congregado
Vivir con un sentimiento?

II.

¡Oid! Un terrible grito
En el espacio restalla;

De angustia un ¡ay! infinito
Que no cabe en la muralla
Del gigante de granito.

¡Ay! aterrador, cruento,
Inmenso, sublime, solo,
Que se eleva al firmamento:
¡Ay! que repercute el viento
Desde un polo al otro polo.

¡Mirad! de la régia estancia
En la cámara luctuosa
Aun respirando fragancia,
Salido ayer de la infancia
Un ángel bello reposa.

Con resplandores inciertos
Mortuoria lámpara alumbra
Aquellos despojos yertos,
Ocultando en la penumbra
Vivos, con rostro de muertos.

El mudo llanto angustioso
Y el frío terror que asombra
Delatan padre amoroso,
Madre, hermanos, y en la sombra,
Triste y desolado esposo.

Arrugado el régio armño
Y olvidado el régio nombre,
Viva estatua del cariño,
Quien peleó como un hombre,
Allí llora como un niño.

¿Por qué llora? ¿Qué la calma
Roba á quien tiene en su abono
Cetro y perdurable palma?
¿Qué importa ganar un trono
A quien ha perdido un alma!

III.

Hermosa, gentil, garrida,
Del sol al benigno rayo
Nació al pensil de la vida
Fresca rosa aparecida
El primer dia de Mayo.

Alarde de su riqueza,
Emporio de perfecciones
Y conjunto de belleza,
En ella vertió sus dones
Pródiga Naturaleza.

Diéronle su rico aroma
Las gardenias y jazmines;

Su blancura la paloma
Que el albo plumaje toma
De los árticos confines.

Mas ¡ay! del violento Noto
Sufriendo la ira bravía,
Purísima flor del loto,
Marchito su tallo y roto,
Vivió el espacio de un día.

Del cielo acaso el recelo
Con el torpe mundo en guerra,
Llevóla con rauda vuelo;
Que no están bien en la tierra
Los arcángeles del cielo.

Sin exhalar una queja
Huyó el mundanal ruido
Como nube que se aleja,
Tórtola amante que el nido
Apénas caliente deja.

¡Huyó! Su temprana gloria
Fugaz cantará la historia;
Pero su recuerdo tierno,
Trono más dulce y eterno,
Conservará la memoria.

Que si el destino sañudo
Ligó en un punto no más
Vida y muerte en débil nudo,
Robarla del mundo pudo,
Pero del alma jamás.

MANUEL CATALINA.

LA MEJOR CORONA.

Jóven y reina y adorada esposa,
Dijole San Fernando: «Ven conmigo
»A ceñir en tu frente candorosa
»Mejor diadema en inmortal abrigo.»
Y dócil á la voz del santo abuelo
Se durmió dulcemente en su regazo.
No la lloremos más: está en el cielo
Y es entre Dios y España nuevo lazo!

VÍCTOR SUAREZ CAPALLEJA.

EN LA MUERTE DE LA REINA

DOÑA MARÍA DE LAS MERCEDES.

Tierno capullo de rosa
Con matices de azucena;
Hermosa, jóven y buena,
Que es ser tres veces hermosa;
Llevando en la faz el sello
De aquel candor tan profundo
Que hasta ignora que en el mundo
No todo es honrado y bello;
Con la virtud por compañã
Y por auxilio el poder,
Estabas llamada á ser
Ángel tutelar de España.

Ante los yertos despojos
Que vela una santa cruz,
Viendo apagada la luz
De tus dulcísimos ojos;

La frente ya sin fulgores
Y el corazón sin latidos,
Como abandonados nidos
De alondras y ruiseñores;
Acaso en vez de llorar,
—Que envuelve sombras de agravio
Al fallo de Dios—más sábio
Fuera con pena exclamar:

• Cuando al borde de un abismo
Acechan nuestra existencia
La incolora indiferencia
Y el oscuro escepticismo,
Y todo en la sociedad
Toma aspecto de mentira,
Y el aire que se respira
Es aire de tempestad,
Están de sobra en el suelo
Los que van del bien en pos,
Fijo el pensamiento en Dios
Y la mirada en el cielo. •

¡Ah! no: que el mal no es tan hondo.
Por más que en la superficie
Todo se pudra ó se vicie,
Hay algo grande en el fondo.

Tras ese ciego luchar,
Sin descanso y sin cautela,
Que en nuestro siglo revela
Un profundo malestar;
Tras esas olas de cieno,
Cuya furia no desmaya,
Que van dejando en la playa
Impurezas de su seno,
Y ese alarido que informa
Del general padecer,
Siendo el fragor del taller
En que el mundo se trasforma;
Pura, grande, coronada
De espléndida claridad,
Al cabo la humanidad
Surgirá regenerada.

Tú que, con sublime anhelo,
Marchabas del bien en pos,
Fijo el pensamiento en Dios
Y la mirada en el cielo,
Gozado hubieras la gloria,
En el mal que nos abate,
De hacer más breve el combate
Y más fácil la victoria.
Pero, ¡ay! que por suerte ingrata,

Cual íris, de luz engendro,
Y temprana luz de almendro
Que la escarcha besa y mata,
Fué tan breve tu existir
Que se unieron en tu sér
Alegrías del nacer
Con tristezas del morir.

Ayer ciñeron tus sienes
Áurea corona real;
Hoy de estrellas, inmortal,
Otra más brillante tienes.
Ayer, con el mal en guerra,
Pudiste calmar su saña;
Hoy puedes el bien de España
Labrar mejor que en la tierra.
Hazlo, y entre bendiciones
Por tí se dirá á porfía:
— «Reinó sobre el trono un día,
Y siempre en los corazones.»

PEDRO MARÍA BARRERA.

ANTE EL SEPULCRO

DE LA INOLVIDABLE REINA

DOÑA MARÍA DE LAS MERCEDES.

¡Muerte, que hundiste en esta sepultura
A la Reina gentil, de España gloria:
Ni al cielo arrancar puedes su alma pura,
Ni á los que la lloramos, su memoria!

ANGEL AVILÉS.

Á S. M. EL REY DON ALFONSO XII

CON MOTIVO DEL FALLECIMIENTO

DE SU AUGUSTA ESPOSA LA REINA DOÑA MERCEDES.

Ruge el cañon..... El sacro bronce suena...
Muda la plebe por las calles vaga...
Por todas partes desconsuelo y pena...
Su tributo al dolor un trono paga.

De mar á mar el fúnebre estampido
La infausta nueva en pregonar se afana,
Y en cada corazon triste quejido
Cual eco arranca á la nacion hispana.

¡La Reina ha muerto!.... la gentil doncella
Que aclamamos ayer en tal concierto,
La pura flor, la refulgente estrella,
La cándida beldad..... ¡la Reina ha muerto!

Su breve vida, al terminar, encierra
Un poema de amor y de ternura.....
¡Todo el amor de un Rey aquí en la tierra.....
¡Todo el amor de un Dios allá en la altura!

Vino á sentarse en el augusto trono,
Angel de paz que nos prestara el cielo,
Y al espirar los ecos del encono
Al cielo el ángel remontó su vuelo.

¡Oh! patria sin ventura, en tu quebranto
Un rayo vislumbraste de esperanza;
Hoy triste buscas con amargo llanto
Aquel faro de paz y de bonanza.

¡Llorad, Señor..... la muerte desmorona
Tronchado en flor el esplendente lirio.....
Faltaba á vuestra sien una corona:
La corona sublime del martirio!

¡Llorad, llorad, Señor, aunque ese llanto
De España el pecho con dolor taladre;
Si la esposa llorais, del trono encanto,
Llora España á la vez cual hija y madre!

Os brinda vuestro pueblo enternecido
Pacto de amor por el dolor sellado;
Si fuisteis hasta ayer su Rey querido,
Sereis de hoy más, Señor, su Rey sagrado.

¡Señor y Rey, dejad que á vuestras plantas
El llanto vierta que sus ojos brotan!
Del trono las espinas no son tantas
Si lágrimas leales las embotan.

Pensad en medio del dolor sombrío
Que de un pueblo el amor templá y suaviza,
Que el llanto de los Reyes es rocío
Con que Dios las naciones fertiliza.

Y si vencido por tan honda pena,
Amante tierno, enamorado esposo,
Recordais, de amargura el alma llena,
El tiempo tan cercano y tan dichoso,

Buscando en Dios con fervoroso anhelo
La santa fé que salva las montañas,
Vereis un ángel más allá en el cielo
Velando sobre el Rey de las Españas.

JOSÉ MARÍA DE DESPUJOL

DOS ÁNGELES.

«—¡El Señor sea bendito!

»Abran á un alma.»

«—¿Quién vá?

»De la mansion de los justos

»Yo soy el ángel guardian.

»¿Sabes que en esta morada

»Tan sólo pueden entrar

»Las almas puras y limpias

»De toda mancha mortal?

»—Lo sé.

»—¿Quién eres?

»—El alma

»De Mercedes de Orleans.

»—¿La Reina de España, un ángel

»De modestia y de bondad?

»Entra, hermana, y Dios consuele

»A los que llorando están.»

RAFAEL GARCÍA Y SANTISTÉBAN.

LA REINA MERCEDES.

Vagó un sér angelical
Sobre flores y entre galas,
Y se le enredó en las alas
Púdico velo nupcial.
El levisimo cendal
Le mantuvo aprisionado;
Mas, á poco, sublimado,
Tornó el espíritu al cielo
Y, envuelto en el casto velo,
Quedó el polvo inanimado.

Fugaz destello encendido
Que de las tinieblas brota;
Breve són de cuerda rota,
Que es, al par, canto y quejido;
Eso ¡pobre Reina! ha sido
Tu existencia de un momento:
Al canto siguió el lamento,
Sombra á la luz, con tal prisa
Que huyó tu primer sonrisa
Al llegar tu último aliento.

LEOPOLDO CANO Y MASAS.

EL AVE DE PASO.

APÓLOGO.

Una paloma con ropaje humano
En un sueño exclamó: «¡Quiero reinar!»
Al verla tan hermosa, un soberano,
Delirando de amor, fué por su mano
La corona en su frente á colocar.

El ave sobre el trono posó el vuelo
Para libar la copa del amor.
Al verla tan hermosa, «¡Ven al cielo!»
Dijo Dios; y en amargo desconsuelo
Lanzó el amante un grito de dolor.

Ella en el cielo, derramando flores,
Exclamó: «¡Qué dichosa soy aquí!
¡Eterna paz, sin penas ni dolores!.....»
—«Ella era un ángel, dijo Dios. ¡No llores!
¡Los ángeles los formo para mí!»

TEODORO GUERRERO.

A LA MÉMOIRE
DE SA MAJESTÉ LA REINE MERCEDES.

Ainsi c'en est donc fait! Beauté, grâce, jeunesse,
De ce que fut la Reine il ne reste, o pitié!
Plus rien qu'un souvenir, mais si plein de tristesse,
Que le cœur de ce peuple en est comme broyé.

Car ce peuple l'aimait; il l'aimait d'être heureuse,
De s'enivrer au chant de ses gais dix-huit ans,
De porter un cœur d'or, d'être belle, amoureuse,
De sourire aux petits comme on sourit aux grands.

Il l'aimait, et vraiment, non la reine, mais Elle!
Qu'eut fait l'éclat d'un trône à son éclat béni?
Et loin d'y vivre ainsi qu'en une citadelle,
N'était-elle pas là comme fauvette au nid?

N'était-elle pas là comme en un Belvédère
D'où la terre qui fuit semble toucher aux cieux?
D'où la vie apparaît roulant toute en lumière,
Comme un char triomphal sur ses brûlants essieux?

Aussi la voyions-nous, confiante et charmée,
Au bras de l'homme aimé, son ami, son vainqueur,
Partout où des soucis vit la troupe alarmée,
Répandre en souriant quelque peu de son cœur.

Elle avait dans les yeux ce doux reflet des cimes
Où les amoureux vont, dans l'attente des jours,
Retremper aux clartés des visions sublimes,
L'enthousiaste éclat des premières amours.

Qu'ils étaient beaux à voir, oublieux de leur trône,
Insoucieux du temps, cette reine et ce roi,
Allant vers l'Avenir sans songer que couronne
Est souvent de nos jours, synonyme de croix!

Qu'en pouvaient-ils savoir? Tout n'était-il point fêtes
Autour d'eux, et bravos, et jubilations?
Ils allaient, et partout ce n'étaient que tempêtes
De louanges, de fleurs, de bénédictions.

Or je laisse à penser les bonheurs sans mélange
Qu'ils durent se forger, loin des bonheurs bruyants!
Que leur manquait-il donc? et quel projet étrange,
Qu'ils n'eussent pu ravir aux mirages fuyants?

Peut-être le projet de vieillir, de combattre
Longtemps le grand combat protégés par l'amour....
Hélas! oui, car voilà qu'il en faut tout rabattre
Des rêves caressés, enchantements d'un jour.

Tout, vous dis-je! Et d'un trait, aux splendeurs
[grandissantes
D'un ciel tout plein de chants, d'allégresses, d'éclat,
Succèdent les terreurs qui des moins brandissantes
Secouent comme à l'entour d'un funèbre sabbat.

Qu'est-ce donc? Se peut-il? Quoi? la Reine....

[Elle.....—Morte!

La Camarde était là qui de son œil éteint
Couvait l'heureuse femme, et veillait à la porte,
Comme un assassin veille aux abords d'un festin.

O Doña Mercèdes! O douce infortunée!
Que pensâtes-vous donc, de vouloir nous montrer
Ce spectacle inoui d'une merveille née
Au milieu de nos temps pour sitôt nous frustrer?

Que pensâtes-vous donc, d'étaler à la face
De nos destins railleurs, tant de rares vertus?
Ne le saviez-vous point? les néfastes ont place
Aux bonheurs les plus purs, comme aux plus com-
[battus.

Le malheur frappe fort quand il frappe à la tête,—
Et selon que le front de sa victime luit.
Il hante les sommets—où sa faim se délecte—
Comme le laid hibou les grands arbres la nuit.

Mais peut-être qu'aussi prise en sa frêle argile
Cette belle âme aura pu briser ce beau corps,
Comme un vase fin cède à la vapeur subtile
De la douce liqueur qui l'emplit jusqu'aux bords.

Elle était à l'étroit là dedans, pour sa joie;
Avide de jouir de l'espace infini,
Elle aura—qui le sait?—pour le ciel qui flamboie,
Voulu changer un coin de ce Monde embruni.

Et pourtant, lorsqu'au point de nous être ravie,
On vint lui demander, sur le coup des adieux:
•—Dites, regrettez-vous de quitter cette vie?•—
•—Oui, mon Dieu! vivement! pour Alphonse..... et
[pour eux. •

Oui, mon Dieu! vivement!.... Qui ne la croirait,
[dites?

Oh! sur quoi, désormais, s'arrêter ici-bas?
Tout lui souriait, tout! réalités et mythes!
Puis, soudain, rien, plus rien que l'horreur du trépas.

Pour Alphonse..... et pour eux.—Pauvre amant,
[pour vous plaindre,
Mon cœur retrouve ici le vieil élan pieux
Qui faisait, autrefois, qu'un barde osât enfreindre
La loi—vivante encor—des *pleurs respectueux*.

Les pleurs, comme l'Amour, égalisent les hommes;
Souffrir, Sire; voilà le suprême niveau.
La douleur vise au cœur, chez tous tant que nous
[sommes,
Sûre d'y mieux atteindre alors qu'elle bat plus haut.

Eux, c'est vous, ses auteurs: c'est nous tous que
[la foudre
Épargne pour nous mieux montrer ce qu'elle peut.
Nous restons, écoutant des gémissements sourdre
Sous nos pas, et ces voix nous menant où Dieu veut.

Á LA MEMORIA DE LA MALOGRADA REINA DE ESPAÑA

DOÑA MERCEDES DE ORLEANS.

Fué como rosa temprana
Que al sol abriendo su broche
Tesoro de nieve y grana,
Es gala de la mañana,
Y despojo de la noche.

Fué mariposa gentil
Que de amor en el vergel
Lució sus encantos mil,
Y hallando pobre el pensil
Quemó sus alas en él.

Coronas le dió en su anhelo
La noble tierra española;
Pero al remontar su vuelo,
Yo la ví con la aureola
De los ángeles del cielo.

¡Huyó! mas deja en redor
Para templar el rigor
Del desamparo y la ausencia,
El puro y embriagador
Perfume de su inocencia.

Y al recordar su agonía,
Que como nube sombría
Los corazones empaña,
Todas las madres de España
Dicen llorando: ¡Hija mía!

MANUEL DEL PALACIO.

EN LA MUERTE

DE S. M. LA REINA DOÑA MARÍA DE LAS MERCEDES.

¿Qué nuevas traes, oh mûsa? ¿Por qué el negro
Crespon envuelve tu laud sonoro?
¿Qué amargo lloro baña tus hermosas
Frescas megillas?

¡Tú, que festiva á visitarme vienes,
Ora ostentando la crugiente cola
De la manola que vagando cruza
Calles y plazas!

¡Ora pintando á mi cerebro ardiente
La bacanal donde la plebe oscura
Cantando apura el néctar que le roba
Vida y afectos!

¡Ora copiando en picaresco estilo
Cuyo donaire sin cesar promulgo,
Las que del vulgo repetidas vuelan
Cómicas frases!

Hoy silenciosa á despertarme vienes,
Mustia la faz, descolorido el labio,
Pesar ó agravio que en tu pecho escondes,
¿Qué traes, oh musa?

No es este llanto (contestó) tributo
De admiracion al vate malogrado
Que muere honrado y por herencia deja
La ebúrnea lira!

¡Es que conmigo el funeral ropaje
Ciñe gimiendo la angustiada gente
Que va de Oriente á contemplar el triste
Mudo palacio!

¡Allí en el lecho de la casta esposa,
Alzado en aras del amor más tierno,
Rinde al Eterno la sin par Mercedès
Gloria y virtudes!

¡Ayer el pueblo de Madrid cantaba
Trovas nupciales de entusiasmo ejemplo!
¡Hoy en el templo se estremece al ronco
Fúnebre salmo!

—
¡Llora por ella! ¡La deidad hermosa
Me dice, y siento humedecido el rostro!
¡A orar me postro; y mi plegaria humilde
Rauda se eleva!

—
¡Aquí dejó la mundanal corona
A cuya luz el aire se destiñe!
Allí ya ciñe la inmortal diadema
¡Orla del justo!

RICARDO DE LA VEGA.

EL PRIMER VUELO.

De volar sintió el anhelo
Una paloma sin hiel;
Y, al tender su primer vuelo,
Dió con el ala en el cielo...
¡Estaba tan cerca de él!

ENRIQUE GASPAR.

Á S. M. EL REY

CON MOTIVO DE LA MUERTE DE SU ESPOSA.

SONETO.

Más que la estirpe y pompa soberana,
Te unió á tu pueblo la enemiga suerte;
Que ante el horror sagrado de la muerte
El rango cede y la desgracia hermana.

Llora.... y, sufriendo la desdicha humana,
Tu alma verás engrandecida y fuerte,
Porque la voz del infortunio advierte
Más que la voz de la lisonja vana.

No se hizo el nudo de tu amor pedazos
Cuando tu esposa enamorada y bella
Rompió, al morir, vuestros nupciales lazos;

Que ella será tu protectora estrella
Y te abrirá sus celestiales brazos
Si obras el bien como en memoria de ella.

V. W. QUEROL.

DOS ÁNGELES.

Siempre, Señora,
Que un alma pura
Como la vuestra,
Goza de Dios,
Siente penosa
Melancolía
Y envidia amarga
Mi corazon.

Y es ¡ay! que flotan
Ante mis ojos
Los blancos rayos
Por donde fué
Rápidamente
Volando al cielo
Otra alma pura,
Sér de mi sér.

Es que en mis tristes
Horas vacías,
Cuando sucumben
Séres cual vos,
Dígame: «Ese ángel
Va á ver al mio,
Que para siempre
Me abandonó.

Quizás se rozen
Sus blancas alas,
Quizás se besen,
Se amen quizás;
Que son iguales
Las almas todas
En la anhelada
Gloria inmortal.

Quizás unidos
Sus blandos ecos
Canten al Santo
Dios de Israel.....
¡Hijo del alma!
¡Reina y Señora!
¡Tristes los ojos
Que ya no os ven!

¡Tristes los séres
Que aquí cruzamos
Con rumbo incierto
La inmensidad;
Ora impelidos
De las pasiones,
Ora cegados
De la impiedad!

De vuestras sienes
Esplendorosas
Cayó el emblema
De excelsitud,
Y á Dios volásteis
Trasfigurada
Con la corona
De la virtud.

La régia pompa
Yace en el polvo,
El alma pura
Vive con Dios.
¿Por qué sus juicios
Desconocemos?
Goza, Señora,
Su eterno amor.

Brisa tranquila,
Suave corriente,
Blando perfume,
Luz inmortal...
Batan las alas
Vuestros hermanos,
Tengan los cielos
Un ángel más.

¡Ay! ¡Quién pudiera
Rápidamente
Volar al cielo,
Puro, cual vos,
Y ver el ángel
Del alma mía
Que para siempre
Me abandonó!...

FRANCISCO PEREZ ECHEVARRÍA.

Á S. M. EL REY.

Señor, si lo sufriese mi respeto,
A vos me comparara,
Que años hace que guardo yo secreto
Dolor como el que hoy nubla vuestra cara.

Mas si algo el Cielo por igual envia,
Sin duda que es el llanto;
No es maravilla, pues, que por la mia
Mida la pena que os aflige tanto.

¡Qué soledad, Señor, la que la muerte
Para el que vive deja!
¡Cómo le enoja ver que todo inerte
Sigue ó se calla, mientras él se queja!

¡Qué soledad la de las negras horas
Que alarga el sueño ausente!
¡Cuán tristes ya despuntan las auroras
Para el que á solas respirar se sientel!

Ya no está allí la sin ventura hermosa,
Y amor la llama en vano,
Que guarda el muro yerto en que reposa
Silencio eterno, de la muerte hermano.

¡Oh! ¡Pasad esperanzas malogradas
De un pueblo sin fortuna!
¡Acaso entre sus nubes apiñadas
No quepan rayos de apacible luna!

¡Pasad, los del amor sueños primeros
De un alma no vencida,
Aunque en hados creada lisonjeros
Y una vez y otra vez del rayo herida!

Seguir á oscuras ya vuestro camino,
Señor, es entereza,
Con que á mostraros digno del destino,
Dios, que tan grande os lo fiara, empieza.

Y no esperéis de mí ningun consuelo,
Pues con vos lloro y callo;
Que si hay palabras para tanto duelo
Yo de mí sé decir que no las hallo.

ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

EN LA MUERTE

DE S. M. LA REINA DOÑA MARÍA DE LAS MERCEDES.

Mariposa brillante cual ninguna,
Vivió en Sevilla entre azahar y rosas:
Dios nos la envió en un rayo de la luna;
Mas duró aquí su gloria y su fortuna
Lo que suelen durar las mariposas.

Un régio amor sirviéndola de abono,
Confiada en su amor se juzgó fuerte;
Y en su inocente y cándido abandono,
Tendió sus alas, se posó en el trono....
Y en atahud se le trocó la muerte.

Su alma pasó de un día en el espacio
Desde el palacio á las empíreas salas.
¿Qué deja ¡ay! de sí misma en el palacio?
Lo que las mariposas de sus galas,
Lo que guardan no más los atahudes:
La memoria inmortal de sus virtudes,
Que es el polvo impalpable de sus alas.

Sol de virtud, en sus diez y ocho soles,
Deja en el corazon de un buen marido,
Deja en la alma de un Rey hoy más querido,
Deja en los corazones españoles
Un amor libre de baldon y olvido:
Y guardarán su incólume memoria
En España el honor, Dios en su gloria.

JOSÉ ZORRILLA.

CANTO ALEMÁN

DEDICADO Á LA MEMORIA

DE LA REINA DOÑA MARÍA DE LAS MERCEDES.

War's nicht in der Minnesänger
Deutschem Laut, so zart und innig,
Dass Alfonso Dir's vertraute:
«*Dein*, Mercedes, *Dein* nur bin ich!»?

Die als einer Königsminne
Botin eben erst erkoren,
Lass die deutsche Sprache klagen
Was Alfonso jäh verloren!

Die Musik war Eurer Liebe,
Dollmetsch, sei sie auch der Schmerzen,
Die in Thränenfluthen baden
Millionen Spanierherzen!

Spanierherzen und auch meines:
Mit den spän'schen Brüdern weine
Ich um Dich, Marienblume,
Ich um Dich, die Engelreine.

Die auf Spaniens Hof der Unschuld
Und der Jugend Düfte streute,
Königin die aller Auge
Und die aller Herz erfreute!

Hätte dich erschaut Murillo's
Auge, o du himmlisch Wesen,
Wahrlich zu Mariens hehrstem
Bild hätt ert *Dich* auserlesen!

O du holdestes der Wunder,
Das die Stadt des Betis zierte,
Königskind von achtzehn Jahren
Das nur einen Tag regierte.

Lang genug doch um zu thronen
In den Herzen alle Zeiten,
Spaniens Kleinod, Spaniens Blume,
Blume der Gebenedeiten!

Ach, Dein Leben war nur eine
Kurze Rast auf ird'schem Throne,
Auf der Wallfahrt zu Marieen,
Die Dich schmückt mit ew'ger Krone!

Wie auf höchstem First die Schwalbe
Ausruht, eh'sie sich zum blauen
Aether schwingt so flogst vom Throne
Du zu ew'gen Lenzes Auen!....

Vohl war nie der Tod so grausam,
Als der Dich vom Traualtare,
Vor dem gestern erst Du knietest,
Heute legt auf eine Bahre!

Eine herrlichere Beute
Ward noch nie dem Tod zum Raube,
Als die in Madrid's Alcázar
Schlief den schlummer einer Taube.

Veilchen, das nach tausend Stürmen
Jetzt Hispanien erblühte,
Braut mit Myrthen und dem Oelzweig,
Einen Himmel im Gemüthe!

Königsbraut, jetzt Braut des Todes,
Schreckt Dich nicht des Grabes Höhle,
Lässest fromm Dich noch im Sterben
Salben mit dem heil'gen Oele;

Königin, und *einen* Blick noch,
Einen Kuss: da ward es stille—
Mit dem letzten Kuss zu Ende
War die lieblichste Idille!—

Ach, ein jäher Strahl des Unglücks
Hat der Liebe Nest getroffen,
Und es ruht im Sarkophage
Spaniens Freude, Spaniens Hoffen!

Ach, Du schwandest wie ein kurzes
Lächeln schwindet vom Gesichte,
Aber als ein *Engel* lebst Du
Ewig fort in der Geschichte!

Hell erglänzen Isabella,
Berenguela von Kastilien,
Doch um Dich wird stets man weinen,
Schönste von Sevilla's Lilien!

Ach der Gräber weisse Rose
War Dein hochzeitliches Prangen,
Wie der Morgenröthe Schimmer
Bist vorüber Du gegangen!

Spaniens königliche Blume,
Die verpflanzt zum Paradiese,
Sei ein Schutzgeist Deinem Volke
Wie die *Königin Luise!*

Zu des Ew'gen Füssen trage
Die um Dich geweint, die Zähren,
Dass den Chor der Seraphine
Er um einen wolte mehren!

Und Dein Leib ruh' in dem Tempel,
Den Alfonso fromm Dir weihet
Und der der Maria Namen
Trügt, die hoch gebenedeiet!

Diesen Tempel baut die Liebe
Diesen Tempel baut die Treue
Gab Juwelen Isabella,
Dass Columbus eine neue.

Welt entdeck', so giebt die zweite
Isabell' zum Tempelbaue
Was als Schmuck sie einst Atocha
Hingab unsrer lieben Fraue.

Dass hier ruhe, die der Himmel
Ihres Sohns war und die jedes
Spanierherz bewundernd liebet,
Spaniens Königin *Mercedes!*

JUAN FASTENRATH.

TRADUCCION DE LOS VERSOS ALEMANES.

¿No fué el sonido germano tan delicado y entrañable de los minnesänger (cantores de amor) el en que D. Alfonso te confiaba el dulce secreto de su corazón, diciendo: «¡Tuyo, Mercedes, soy, y tuyo he de ser!»?

Deja á la que acaba de ser elegida mensajera de régios amores, á la lengua alemana, lamentar lo que ha perdido Alfonso.

¡Ojalá que la que fué música bellísima de vuestro amor, fuese también intérprete de los dolores que en lágrimas bañan á millones de corazones españoles!

Corazones españoles y el mio: con mis hermanos de España estoy llorando por tí, dulce flor de María, por tí, ángel purísimo; por tí que sobre la corte de España esparcias como un perfume de inocencia y de juventud, reina que encantabas todos los ojos y todos los corazones.

¡Verdaderamente que Murillo, si te hubiera visto, criatura celestial, te hubiese elegido para ser modelo del retrato más sublime de la Virgen!

¡Oh maravilla la más grata que adornaba la ciudad del Bétis, infanta de diez y ocho primaveras que reinaste sólo un día.

Pero bastante para tener un trono perpétuo en los corazones como el adorno de España, la flor de Hesperia, la flor de la Virgen Santísima.

¡Ay! tu vida no fué sino un breve descanso sobre un trono terrenal, en medio de tu peregrinación hacia María que ha de adornarte con la corona eterna.

Así como la golondrina, antes de volar á la inmensidad del firmamento, se detiene en las alturas de los edificios, volaste desde el trono para disfrutar de primaveras eternas....

Jamás la muerte ha sido tan cruel como la que te llevaba desde el altar nupcial en que ayer te arrodillaste, al lecho mortuario.

Jamás la muerte tuvo una presa más preciosa que la

que en el alcázar de Madrid dormía el sueño de paloma; violeta que despues de tempestades mil florecia para España, novia llevando mirtos y olivos y un cielo en el alma.

Novia de un rey, ahora novia de la muerte, no te aterran las tinieblas de la tumba: moribunda dejaste llena de piedad ungirte con el sacro óleo.

Reina, y una mirada, un solo beso todavía, y todo se concluyó: ya habia terminado el idilio más encantador.

¡Ay! un rayo de desventura hirió el nido de amor: ya duerme en el sarcófago la que fué la alegría y la esperanza de España.

Pasaste como la sonrisa pasa por el rostro; pero cual ángel vivirás siempre en la historia.

Brillan en ella Isabel y Berenguela de Castilla; pero por ti llorarán siempre; por tí, la más pura de las azucenas sevillanas.

¡Ay! las galas nupciales no fueron sino rosas blancas de los sepulcros. Pasaste por la tierra como la aurora, tan brillante como breve.

Régia flor de España, trasplantada al paraiso, ¡ojalá fueses el génio tutelar de España, como la Reina Luisa lo es para Alemania!

Lleva á los piés del Eternó las lágrimas que se lloraron por tí; por haber aumentado contigo el número de los serafines.

Y tu cuerpo descanse en el templo que piadoso le dedica Alfonso, y que lleva el nombre bendito de María. Aquel templo lo erige el amor.

Aquel templo lo erige la fé. Y si Isabel I ofrecia sus joyas para que Colon descubriese un Nuevo Mundo, Isabel II destina las joyas ofrecidas por ella á Nuestra Señora de Atocha, para que con su importe se edifique la iglesia en que ha de descansar la que fué el cielo de su hijo Alfonso, la que admira y que ama cada buen corazon español, la Reina de España, la inolvidable Mercedes.

J. F.

¡FELIZ ELLA!

¡No la lloreis!.... Tanto amor,
Porvenir tan halagüeño,
Era un sueño engañador,
Y Dios la evita el dolor
De despertar de ese sueño.

¿Por qué su muerte os aterra?
Reina, fué nuestro consuelo;
Ángel, la gloria le encierra.
¡Bien vale un trono en la tierra
Una corona en el cielo!

SALVADOR MARÍA GRANÉS.

Á S. M. EL REY.

SONETO.

Perdiste, ¡oh! REY ALFONSO, tu ventura,
Perdiste ya el encanto de tu vida
Viendo morir á la mujer querida,
REINA por su virtud y su hermosura.

Desde el cielo en que mora su alma pura
Mirando está la tuya estremecida
Por el dolor, y oyendo la sentida
Queja de tu viudez y tu amargura.

Su sombra va contigo, ¡oh REY amado!
Y cuando sólo con tus penas quedas
Llorando tu viudez desconsolado,

—«¡ALFONSO MIO!—te dirá—*ya puedes
Consolarte, que estamos á tu lado
El pueblo que te adora y tu Mercedes!*»

CÁRLOS FRONTAURA.

¿ILUSION Ó REALIDAD?

(TROVA EN LA MUERTE DE S. M. LA REINA.)

Tierna, pura, enamorada,
De gracias gentil portento,
Ayer brilló coronada
Del trono en el alto asiento.

Luz que el viento
Con alegre albor colora
Cuando raya claro el día,
Su beldad fascinadora

Como aurora
Desde el sólio amanecía:
Hoy en esta noche umbria
Que medrosa en torno crece,

Me parece
Que fué vaga aparicion;
Mas ¡ay! no: que Reina ha sido
Lo pregona mal herido
De su Alfonso el corazón.

Consuelo de los dolores,
Lenitivo de las penas,

Su voz, espirando amores,
Dichas brindaba serenas.

En cadenas

Dentro de su cuerpo helado
—Árbol para siempre seco—

Su acento muere apagado,

Disipado

De sorda tumba en el hueco.

Al no sentir ya ni el eco

De aquella palabra amante,

Delirante

Pienso que ha sido ilusion;

Mas ¡ay! que mujer ha sido

Lo pregona mal herido

De su Alfonso el corazon.

—
Flor que en el cáliz riente

Guarda virginal esencia,

De la vida en el oriente

Fué su cándida inocencia;

Mas la ausencia

Que nos privó de la hermosa

De aquel perfume nos priva,

Cual se pierde el de la rosa

Que llorosa

Del tallo el cierzo derriba.

En soledad aflictiva,
Juzgo su reinado breve
Sombra leve,
Del sueño falaz vision;
Mas ¡ay! que verdad ha sido
Lo pregona mal herido
De su Alfonso el corazon.

—
Sin su castá donosura,
Sin su bondad y pureza,
Todo es aquí sombra oscura,
Todo silencio y tristeza.

La nobleza
De su espíritu glorioso
Ganó tras la tierra el cielo;
Y en tanto el mísero esposo,
Sin reposo,
Vive y muere en ánsia y duelo.
Mas para darle consuelo,
Para ser la verdadera

Compañera
De tan bárbara afliccion,
A su lado al fin descende
Como arcángel que defiende
De su amado el corazon.

ANTONIO ARNAO.

À MI INOLVIDABLE Y MALOGRADA REINA

DOÑA MARIA DE LAS MERCEDES DE ORLEANS Y BORBON.

ELEGÍA.

Audi gratum servum, a cœlestibus oris,
O Regina nitens, luce frueris ubi,
Cujus enim mentem premit acriter angor acerbus.
Tristi quapropter te canet atque lyra:
Inter festos lætificosque dies fuit ille,
Vera loquor, veniam tangere cum potui,
Ad colloquendum tecum pariterque potenti
Rege, tuo Viro, sedibus inque suis;
Quod mihi tunc mater dulcedine plenaque amoris
Permagni fueras, semper ut acciderit;
Nam lacrymas te fundere multas, seque cadentes
Vidi per placidas purpureasque genas,
Et ostendebant animi tenerique dolorem
Nobilis, ac fuerant cœlica verba tua:
Idcirco mecum jam tum modus atque gerendi

In mente inscriptus tempus in omne fuit.
Sed multum dolui cum novi, rabidus Eurus
Ut scindit rosam quam nitidamque rubram,
Non aliter Parcam crudeliter atque severe
Truncavisse dies tam celeremque tuos,
Postquam letalemque tulisti tumet acutum
Morbum tranquillo fortiter aut animo:
Morte tua læva, cordi fratrumque parentum,
Fecundæ, Hispaniæ, Principibusque bonis,
Et præclari Conjugis imprimisque dolentis,
Deficiunt lumen, gaudia paxque jubans
Te precor, accipe, florem parvum namque libenter,
Quem tibi nunc autem consecro jure bono,
Ad, Regina, tuam modo funereamque coronam
Ornandam recte, luctuque corde meo;
Semper ad Æternum quoque pro tuis omnibus ores,
Sponsi pro vita præcipueque tui,
Ad nostræ Patriæ caræque bonumque salutem,
Cujus lætitiâ sustulerasque simul,
Almus paulatimque leves in spiritus auras
Ut primum, mæstis gentibus, exierat.

THOMAS PERIAGO.

Á LA TEMPRANA Y DOLOROSA MUERTE

DE S. M. LA REINA DOÑA MERCEDES DE ORLEANS.

SONETO.

Un simbolo, un emblema, una bandera,
Eso eras tú, brillando sobre el trono.
Al verte en él, enmudeció el encono,
No extinto aún, en la reciente hoguera.

La diadema real en tu sien era
Oliva que dejaste en abandono,
Cuando sonaba con doliente tono
De tu vida fugaz la hora postrera.

Ángel de nuestra guarda que te has ido,
Llevándote hasta el cielo una esperanza
Del pueblo que tu estirpe ha redimido,

Haz tú que no se rompa esta alianza,
Y verás como el Rey, por tí movido,
En el amor del pueblo se afianza.

GABRIEL ESTRELLA.

EN LA MUERTE DE S. M. LA REINA.

De juventud y hermosura
Su rostro luce las galas,
Y ciñe su augusta frente
La diadema soberana.

El amor, hijo del cielo,
Juntó en un alma dos almas,
Y de rosas y azahares
Alfombra el trono de España.

Universal alegría
Inunda calles y plazas,
Y un pueblo de gozo henchido
Al Rey y á la Reina aclama.

Dulce ventura publican
El cañon y las campanas:
Todo es placer en la corte;
Todo alegres esperanzas.

¡Ay que la muerte muy pronto
Tiende sus fúnebres alas,
En cuidados y amarguras
Envolviendo el régio Alcázar!

Lo que ayer era contento,
Hoy es sollozos y lágrimas;
Las galas del matrimonio
En negro luto se cambian.

Frio cadáver es sólo
La que ayer vida anunciaba:
La que ocupó el trono régio,
De muerte en lecho descansa.

El cañon con ronco acento
Proclama la nueva infausta;
El sacro bronce en las torres
Á orar plañidero llama.

¿Qué fué de la alegre aurora
De risueñas esperanzas?
Negra noche ha sucedido
Al claro fulgor del alba.

Perdona ¡oh Rey! si hasta el trono
En dias de pena tanta,
Confundida entre otras voces
Se eleva mi voz osada.

Dios, que abate á los soberbios
Y á los humildes ensalza,
Como el oro por el fuego
Prueba al hombre en la desgracia.

Él á sufrir nos enseña
Con una cruz sacrosanta:
Quien más padece en el mundo
Mas cerca de Dios se halla.

Él un ángel nos envía
Que nos conduce y ampara,
Y á sus piés, de nuestras penas
Presenta la ofrenda grata.

Ángel tal vez la que lloras,
De gloria y de luz cercada,
Tus sufrimientos ofrece
Del Eterno ante las plantas.

Ella guiará tus pasos,
Te inspirará empresas altas
Y será un ángel que vele
Por su esposo y por su patria.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

DE MORTE REGINÆ PLANCTUS. (4)

Plangit Hesperia dominam Reginam:
Planctus et luctus ubicumque sonant:
Turribus sacris concrepitant æra:
Mœror, tristitia super omnia corda.....

Heu, me! dolens plango.

Gemina maria littore ingemiscunt,
Et *mare nostrum* (2) et Atlantis sinus:
Iberi cuncti Celtarumque cohors
Magna afficiuntur ¡ miseri! molestia.

Heu, me! dolens plango.

Præliis et ludis valida juvenus,
Senes, infantes, virgines nuptæque,
Pauper et dives, princeps et mercator
Plangunt Reginæ flebilem interitum.

Heu, me! dolens plango.

(4) Imitacion del *Planctus de morte Karoli Magni*.

(2) *Mare nostrum* llamaban los antiguos al Mediterráneo.

Occidit decus, lumen et Iberiæ,
Et pacis spes, et concordiæ pignus,
Animâ regia, corpore pulcherrima,
Nondum extinctis facibus jugalibus.

Heu, me! dolens plango.

Væ, tibi, Hesperia, hispanoque populo:
Turbine nigro obtenebratur cælum:
¿Quis Dei agnoscit vias aut consilia?
Populo nequam (1) obscuratur lumen.

Heu, me! dolens plango.

Christe qui regis agmina cœlestium,
Tutiorum sedem tribue Reginæ:
Preces exaudi conclamantis populi,
Surgat et alia inmoritura lux.

Heu, me! dolens plango.

MARCELINO MENENDEZ PELAYO.

(1) *Nequam*, nombre indeclinable usado por Ciceron. Vale lo mismo que *malo*, *perverso*, *intcwo*, etc.

LÁGRIMAS

No es flaqueza llorar, llora, alma mía,
Llorar no te avergüence;
Si lágrimas las fieras no derraman,
Hasta el justo las vierte.

Ángel del cielo, de la humana gloria
Despreció los laureles,
Y abrasada de fé, juzgó corona
El fallo de la muerte.

No supo qué es odiar ni ser odiada,
Alma pura é inocente;
Amando, su ambicion se satisfizo
En su reinado breve.

No son los muertos los que solos quedan,
¡Esperanza inclemente!
Los que solos se quedan son los vivos
Si el bien amado pierden.

Llora, pueblo cristiano y generoso,
La ausencia, no su suerte;
En el seno de Dios vive dichosa
Velando por tí siempre.

EL MARQUÉS DE HEREDIA.

LA PLEGARIA REAL.

ODA.

In die tribulationis
meæ clamavi ad te.

PSAL. XXXV. V. 7.

Del Escorial la mole
Retemblaba á los ecos todavía
Con que la hispana y afligida prole
Preces al cielo por su Reina envía,
 Cuando en noche callada
Resonó desde el sacro pavimento
Voz de ALFONSO DUODÉCIMO angustiada
Que así decia al entregarla al viento:
 — «¡Señor! ¡Dios de consuelos,
» Enjugador de lágrimas, Dios mio!
» Héme en el panteón de mis Abuelos
» Bañando en triste llanto el mármol frio.
 » Con el nombre de esposa
» ¡Ay! no bien la llamé, cuando en la altura
» Tu voz inmensamente poderosa
» Suena, y borra la voz de mi ternura.

- » Depuesto el cetro de oro,
» Héme adorando tus eternas leyes:
» Mas soy hombre, si Rey; y lloro, y lloro,
» Que tú el llanto tambien diste á los reyes.
» En angustia inhumana
» A tí clamo, Señor. ¡Ay, que no existe
» La flor que me entregaste una mañana,
» Y en la tarde del pecho me extragiste!
» ¡Ya no me escucha **ELLA**,
» Mi delicia, mi amor, mi bienandanza!
» ¡Bajo esta losa que mi labio sella
» Ya el tesoro se hundió de mi esperanza!
» ¡Y qué esperanza!! Acato
» Tu querer soberano..... ¡Dios inmenso!
» Pero mi afan de moderar no trato,
» Y te lo ofrezco cual piadoso incienso.
» Recibelo en tu gloria;
» Y en ella óyeme tú, Prenda querida.....
» ¿Qué me queda en la tierra?.... Tu memoria,
» Y el ver á nuestra Patria florecida.» —
Y diz que alboreäba
Entónces, y que alegre el aura pura
Diciendo por los ámbitos vagaba:
» — ¡Su memoria! ¡La Patria y su ventura! » —

JOAQUIN JOSÉ CERVINO.

REINADO ETERNO.

.....Ha vivido el tiempo sucintamente
necesario para reinar en los corazones.

(A. LOPEZ DE AYALA.)

Nacida entre los cármenes de la oriental Sevilla,
Las flores la aclamaron señora del pensil:
Reinó en las voluntades por buena y por sencilla;
Reinó por su modestia; fué Reina de Castilla,
Y fué por su belleza la Reina más gentil.

.....
¡Las flores se deshojan! los fúnebres crespones
Velan aquellos restos inanimados ya:
Su muerte han pregonado lamentos y oraciones:
¡No es ya Reina de España; pero en los corazones
Reinando eternamente su imagen seguirá!....

RICARDO SEPÚLVEDA.

Á LA MUERTE DE LA REINA

DOÑA MARÍA DE LAS MERCEDES.

Ya en las vecinas torres
Lento clamor se escucha.
Cesad, bronces fatales:
Sé lo que al mundo vuestra voz anuncia.

¡Murió! ¿qué sirve al trono
Su dignidad augusta,
Si ni en durable asiento,
Ni en bienhadada posesion se funda?

Cuando, inocente virgen,
Ciñó á su sien purpúrea,
De sí misma medrosa,
El albo velo y la nupcial coyunda,

¿Quién presagiar pudiera
(Ciencia al mortal oculta)
Que en breve se trocaran
La gala en duelo, y el altar en tumba?

Bétis, sagrado río,
Que diste á su hermosura,
Labradas por tus ninfas,
Verdes coronas de olorosa juncia.

Desde el paterno alcázar
Que tu ribera ilustra,
Ya no verán sus ojos
Los mil bajeles que á la mar empujas.

¡Ay! ni verán los míos
Beldad como la suya,
Que aún vive en mi memoria,
Revelando el candor de su alma pura.

«Por fin, exclamé, ¡oh patria!
Libre de tanta angustia,
En tu horizonte luce
Plácida estrella que tu bien augura.»

¡Quimérica esperanza!
De nuevo opacas brumas
Surgen, y en torno esparcen
Denso vapor de lobreguez nocturna.

¿Será que Ella fué el nuncio
De efímera ventura,
Y á su mansion, el cielo,
Tornó, sintiendo ineficaz su ayuda?

No dolorosos gritos
Los inmortales buscan,
Sino el suspiro humilde
Del alma que ora atribulada y muda.

Espíritu, que reinas
Hoy en la empírea altura:
De nuestro mal te apiada.
No es Dios nuestro enemigo; es la fortuna.

Llanto de amor sincero
Un pueblo te tributa;
Y corazón que llora,
Ríndese al fin á confesar su culpa.

Grandes las nuestras fueron;
Ni atenuación, ni excusa,
Sólo piedad pedimos,
Mercedes; sólo merecer la tuya!

CAYETANO ROSELL.

LA VIDA Y LA MUERTE.

Morir jóven, y amada y bendecida,
Como ella..... ¡eso es vivir!....
Luchar hasta cansarse de la vida.....
¡Eso sí que es morir!....

PATROCINIO DE BIEDMA.

SONETO.

Huyes á aquel que de contraria suerte
Exánime sufriendo los rigores,
El término feliz de sus dolores
En tí contempla, despiadada Muerte.

¡Y apareces cruel, súbita y fuerte
Ante quien vió á su paso nacer flores,
Sin que lágrimas, ruegos ni clamores
Logren jamás un punto detenerte.

Puedes estar del triunfo vanidosa:
Bajo tu yerta garra no ha caído
Víctima más ilustre y generosa.

Ave dormida en el amante nido,
Era pura, era bella, era dichosa.....
¿Cómo darla tu cólera al olvido?

FEDERICO DE LA ROMANA.

Á LA REINA MERCEDES.

Un trono valia ayer
Porque de léjos brillaba,
Y en él se reverenciaba
Casi un divino poder.
Hoy que hemos visto caer
Tantos ante la actitud
De la fiera multitud
Que de luchas se alimenta,
Vale un Rey si representa
La modestia y la virtud.

En vos las reconocia,
Y todo un pueblo lloraba;
Feliz porque os coronaba,
De pena porque os perdía!
Fuisteis como flor de un día,
Que, aunque mil tesoros guarde
Y haga de belleza alarde,
Sólo es, del viento al arrullo,
Por la mañana capullo,
Rosa marchita á la tarde.

Que el Eterno que adornaba
De virtudes vuestra sien,
Temió no guardaros bien
Si de lejos os guardaba.
Daros vida aun más preciada
Quiso, y con amante celo
Dijo, sin ver nuestro duelo
Ni nuestro dolor profundo:
«Eres mucho para el mundo:
¡Los ángeles, para el cielo!»

JOAQUINA GARCÍA BALMASEDA.

MERCEDESI.

Noizic eta bein aingueruen bat
Egan jashten da lurrera;
Noizic eta bein guelditzen dira,
;Ondo guichitan! ostera
Ceruco arguira dirade igotzen,
Bere lagunen artera.

Noizbait guiñan gu Jaunari otoitzen
Erreguin baten bicia;
Bañan ceruan escatzen zuten
Aingueru onera jachia:
Guenion ibar beltz au esqueintzen,
Ceruan beren gloria.

Jauregui aundico negar, ansiac,
Aldareetaco erreguac,
Igo ciraden Jaunaren gana.
Gure malcoetan bilduac,
Bañan estaltzen ditu ceruan
Aditzen diran cantuac.

Ishildu ondoren cantuac, Jaunac
«Atoz Mercedes» esan du,
Querub corua garaile irten da,
Mercedes berequin an du,
Orduan negar gureac entzun
Dirade ¡baña berandu!

SERAFIN BAROJA.

Á MERCEDES.

TRADUCCION DE LA POESÍA VASCONGADA.

Hay ángeles que de tiempo en tiempo bajan á la tierra: quedan en ella alguna vez—¡cuán pocas!—y suben de nuevo á la luz de los cielos, al seno de sus hermanos.

Un día rogábamos al Señor por la vida de la Reina; pero en el cielo lloraban el ángel descendido entre nosotros. Aquí le ofrecíamos un valle de lágrimas; allí le ofrecían la gloria.

Las preces de la Iglesia, los ayes de los moradores del régio alcázar llegaban al Señor envueltos en nuestras lágrimas; pero una armonía celeste los cubría.

Cesó el angélico canto y dijo el Señor: «Ven, Mercedes.» Entónces pudo oirse nuestro llanto; pero era ya tarde: Mercedes estaba en el cielo con los querubes.

CANTARES.

I.

Tú te crees que te has ido,
Que te has ido, mas te engañas,
No hay español que no guarde
Algo de tí en sus entrañas.

II.

Si en el cielo hermosas perlas
Son las lágrimas vertidas,
Ninguna habrá como tú,
Tan rica de pedrería.

III.

Al cruzar el firmamento
Abandonando la tierra,
Sólo por verla pasar,
Se agrupaban las estrellas.

IV.

Me hubiera gustado ver
A través de un agujero,
Las grandes fiestas reales
Que le habrán hecho en el cielo.

V.

Pátria mia, no suspires,
No llores, no, dulce España;
Desde hoy, buena falta hacía,
Tienes tu ángel de la guarda.

MELCHOR DE PALAU.

Á LA MEMORIA

DE S. M. LA REINA DOÑA MERCEDES DE ORLEANS.

Fuiste dulce lisonja de la vida:
Flor, que á las flores en beldad afrenta:
Virgen, que de pureza revestida
Para el amor alienta;
Mas ¡ay! la viva luz de tu hermosura
De improviso apagó fiebre violenta,
Como apaga al rugir ráfaga impura
Luciente faro, que en la noche oscura,
Mostrando el puerto, sobre el mar se ostenta.

El Bétis caudaloso
Con murmullo armonioso,
Acarició tu juventud riënte;
Y allí el fúlgido sol y blanca luna
Derramaron su luz sobre tu frente.

La clara luz del cielo,
Y las pintadas flores
Con que Mayo gentil matiza el suelo,
De tu tez envidiaron los colores.
Y la belleza misma tu belleza
Absorta contempló, no engalanada
De augusta pompa de sin par riqueza,
Hija de la altivez, mas sí realzada
Por el candor sublime,
Que radiaba en tu faz y en tu mirada.

Entónces fué la linfa cristalina
Del anchuroso río
Espejo fiel á tu beldad divina:
Y el aura, que el pensil acariciando
Á sus galas robó ricos olores,
Con eco dulce y blando
Te murmuraba amores:
Y palpité su pecho de contento,
Y abriéndose al amor, como la rosa
Al halago del aura voluptuosa,
Un suspiro de amor exhaló al viento,
Y á tan dulce suspiro,
Otro suspiró respondió anhelante,
Que la brisa gentil llevó en su giro,
E inundó de placer tu pecho amante.

Tegió la dicha la nupcial corona:
Brilló en el cielo la feliz estrella:
Himnos de paz los ángeles cantaron,
Y en tu alba frente, púdica doncella,
Sus flores purpurinas derramaron.

En fêrvido contento
Rindiendo á la virtud justo homenaje,
Alzó Madrid en vítores su acento,
Verte gozar ansiando,
Ventura sin igual, años sin cuento
So el augusto dosel de San Fernando.

¿Quién entónces creería,
Al ver tu juventud, que tus amores,
Cual las fragantes flores
Sonrieron para ser glória de un dia?
¡Fuéronlo sí....! Tras rozagante aurora
Brilló en el cielo el astro diamantino,
Ocultando su luz deslumbradora
La hipócrita fiereza del destino.
Súbito de los mares de Occidente
Álzase densa nube
Y encapota el azul del firmamento:
El ronco trueno su furor advierte,

Arrojando cruento
El rayo de la muerte.

.....

¿Dónde fueron las dulces esperanzas,
Que dos almas felices halagaron?
¡Qué tristes enseñanzas
Dan amargura y luto
A los que brillan por su ilustre cuna!

.....

¡Los monarcas también rinden tributo
Al flotante vaiven de la fortuna!

ILDEFONSO ANTONIO BERMEJO.

Á SU MAJESTAD EL REY DON ALFONSO XII,
EN LA MUERTE DE SU AUGUSTA ESPOSA.

Si Rey de España no fueras,
Y ALFONSO no te llamaras,
Y en tus veinte primaveras
El Trono honrado no hubieras
Con tus virtudes preclaras;

Si de la Patria el amor
No te diese ya el dictado
De *Rey Pacificador*,
Á tí, su primer soldado,
Y en el Consejo el mejor;

Si de esa Patria querida
No fueras sosten y vida,
Y paladin ejemplar,
Por quien espera tornar
Á la grandeza perdida,

¿Qué consuelos ofrecerte
Pudiera nadie, Señor,
Hoy que la implacable muerte
Trueca en sombra y polvo inerte
Á la prenda de tu amor?

¿Á qué la vida sin ella?
¿Dónde un alma como aquella?
¿Dónde su fé y su ternura?
¿Quién tan piadosa y tan pura,
Y tan amante y tan bella?

*«No hay para tu mal consuelo
(Dijérate al ver tu duelo)*

» Y ya sólo anhelar puedes

» Que pronto benigno el Cielo

» Te llame junto á MERCEDES.»

Pero eres el Rey, Señor;
Eres el primer soldado;
Y de la Patria el amor
Te exige que denodado
Sacrifiques tu dolor.

Eres defensa y egida
De nuestra España querida,
Su paladin ejemplar,
Y por ella sabrás dar
Tu dolor como tu vida.

¡Tal ha de ser tu consuelo!
¡Tal tu gloria!— ¡y, si así puedes,
Calmar de la Patria el duelo,
Tu heroísmo desde el cielo
Benedirá tu MERCEDES.

PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

EN LA MUERTE

DE S. M. LA REINA DOÑA MERCEDES.

Pasó como la brisa perfumada
Aliento de la hermosa primavera,
De bienes y de triunfos mensagera,
Fugaz como ventura deseada.

En su tumba de lágrimas regada
Podrá encontrar la gente venidera
De esta edad espantosa y lastimera
Un recuerdo que halague á un alma honrada.

Su breve dicha, los preciosos dones
Por que mi patria con dolor suspira,
Tema serán de ejemplos y canciones;

Y su historia de amor, que al mundo admira,
Una de esas hermosas tradiciones
En que la musa popular se inspira.

J. CAMPO—ARANA.

PER LA MORT DE LA REYNA NOSTRA SENYORA

DONYA MARÍA DE LA MERCÉ DE ORLEANS Y DE BORBON.

—
POESIA.

I.

Alli dalt del cel
N'hi ha un raig d'estrellas,
Cami dels amors
Y de llum eterna.

—
Sant Jaume hi vingué
De desde Judea ;
¡Cuan passaba 'l sant
Tot lo mon sonreya!

—
Cap al Paradís
Fá bona dressera,
N'es *via de llet*
Per lo que blanqueja.



Animas del mon
Qu'heu deixat la pena
¡Deixeu libre 'l pas
Que n' puja la Reyna!

II.

Alli dalt del cel,
Per hont mes blaveja,
N'hi ha un carro d'or
Y angelets que 'l menan.

—
Set botons de foch
Tot l'espai omplenan
Ab llurs resplandors
Que l'mar may ofega.

—
Hont l'carro va
Hi ha polars centellas,
N'es prop del Palau
De immortal Bellesa.

—
¡Pareu angelets,
Pareu la carrera!
¡Dintre l' carro d'or
Rebéune la Reyna!

III.

Allí dalt del cel
N'hi ha brillant diadema;
Qui l'ha de portar
No es fill de la terra.

Segles fá que llú
Per qui podrà haberla,
Per sa má la feu
La Princesa Asteria.

N'es corona real
Y es de finas pedras,
De la gloria l' Rey
La trova molt bella.

¡Preneu Querubins
La brillant diadema!
¡Coroneune l' cap
De la nostra Reyna!

IV.

La Porta del Sol
S' es quedat deserta;
N' era pe' l' Jané
Cuan Ella hi sonreya!

Lo fret de l'hivern
Glassaba la terra,
Mes lo foch d'amor
Feya primavera.

De llavors ensá
¡Be han passat las festas!
¡Bé t' has entristit,
Noble pátria meva!

Ara som estiu,
Mes lo fret 'ns gela,
Perque t'anyorem
Tendre Merceneta.

V.

Trist está lo Sol,
Trista está la Terra,
Sols content lo Cel
Gran triunfo ostenta.

La Mare de Deu
Son mantell desplega,
Divinals Mercés
Omplan valls y serras.

Ja som á la fi
Del camí d'estrellas;
Ja l' gran carro d'or
Para sa carrera;

—

Ja dona mes llum
La brillant diadema;
¡Gloria á Deu! Preguém,
Qu'es al cel la Reyna!

CELESTÍ BARALLAT Y FALGUERA.

EN LA MUERTE

DE LA REINA DOÑA MARÍA DE LAS MERCEDES.

Dejó en el mundo al acabar su vida
Las tristes vanidades de la tierra:
Juventud, hermosura, fausto, un trono.....
Pues bien, ¡dichosa ella!

JOSÉ SELGAS.

EN LA TEMPRANA MUERTE DE S. M. LA REINA

DOÑA MARÍA DE LAS MERCEDES DE ORLEANS Y BORBON.

Los ángeles en la tierra
no están bien y se van presto.

(C. SUAREZ BRAVO.)

¿Qué ha sido de tu gloria,
Alma de los amores,
Que por el soplo de la muerte herida
Caíste en los albores
De la hermosa mañana de tu vida,
Como al silbar del Aquilon las flores?
¿Quién arrojó sobre tu frente pura
Las tintas del sepulcro, quién ¡oh Reina!
Envidioso tal vez de tu hermosura,
Sin escuchar tus ayes y gemidos
Cerró tus ojos, desgarró tu lecho,
Y apagó para siempre los latidos
Del muerto corazón dentro del pecho?
¿Quién ¡ay! los tiernos lazos
Que al amor de tu vida te ligaban
Rompió con el martirio?
¿Quién te arrancó de los amantes brazos

Que siempre te estrechaban
Con casto afán y sin igual delirio?

¿Qué voluntad suprema
Abrasando tu frente soberana
De ella arrancó la espléndida diadema
En las auroras de tu edad temprana,
Convirtiendo en ceniza
El glorioso poder que simboliza
La magestad humana?

La muerte fué: con irascible encono
Tendió su negro manto con fiereza
Sobre las gradas del excelso trono;
Mas no pudo su mano despiadada
Borrar ni tu virtud ni tu belleza
Ni el brillo de tu frente inmaculada.

Aun recuerdo los gritos de contento,
El loco regocijo,
Las coronas que el pueblo te brindaba,
Cuando todo á la vez te sonreía
Y el amor que en tu seno palpitaba
A los piés de su altar Dios bendecía.

El sol cruzaba la azulada esfera
Grande y magestuoso,
Dorando tu preciosa cabellera
De perlas salpicada;

Y el viento cariñoso
Suspirando en su trenza perfumada
Jugaba en los históricos pendones
Que flotaban por tí, sin que creyeran
Que á tu lecho nupcial pronto sirvieran
De fúnebres crespones.

¿Quién pensara jamás que cuando el templo
Alegre abandonabas, cuando toda
La inmensa multitud noble tributo
Ardiente te rendia,
Aquellas galas de tu amada boda
En negras tocas de cristiano luto
Tan pronto la fortuna tornaria?

Todo acabó: tus horas de ventura
Pasaron como ráfaga de viento;
Aquel rubor con que tu frente pura
Revelaba su amor y sentimiento
Pasó tambien, y el celestial emporio
Que fué sublime altar de tu grandeza
Convertido está en templo mortuorio
De duelo y de tristeza.

¿Qué fué de tanto encanto,
De tantas ilusiones, tantos sueños,
De tantas dichas, de consuelo tanto?
¿En donde los risueños

Y regalados días
Están, Mercedes, que en serena calma
Templabas tus amores y alegrías
En brazos del esposo de tu alma!

Todo pasó: tu refulgente aurora
Nublóse con la luz de tu semblante
Mientras la patria te bendice y llora
En tan supremo instante.

¡Quién si recuerda tus hechizos bellos
Tu rostro angelical y tu hermosura
Y aquellas gracias de virtud destellos,
No siente entre pesares
El alma desgarrarse en su amargura
Y roto el corazón llorar á mares!

Hispalis bella que meció tu cuna
Suspira al ver desiertas
Las torres do corrieron tus mañanas
Mientras las flores se deshojan muertas
Del Bétis en las márgenes lozanas.

La patria ya te cuenta entre sus glorias,
Que tu candor y tu modestia han sido
La página mejor de sus historias.
Por eso te ha esculpido
Dentro del corazón donde ha borrado
Por ti, Mercedes, la palabra olvido.

¡Ay! callad, que su espíritu ya cesa
De dar alientos á la vida humana
Y vuela á otra region: ved como besa
Y estrecha con fervor la Cruz cristiana:
Pálida y yerta, tristes convulsiones
Atormentan sus últimas congojas,
Y apagándose van sus pulsaciones
Cual ecos de la brisa entre las hojas.

Pero al trocar las pompas mundanales,
La ostentacion y el lujo de la tierra .
Por el lecho de muerte,
Con religiosa calma
Antes que el cuerpo se quedase inerte
Al separarse para siempre el alma,
«Siento, Alfonso, morir porque te pierdo»
Fué el último suspiro de su vida
Y el último dolor de su recuerdo.

Y Alfonso con el alma lacerada
Clavó sus labios, y con fuego impreso
Dejó en su boca helada,
Con el postrer adios su último beso.

Ella al cielo miró y en el suspiro
De eterna despedida,
«En tu seno, Señor—dijo—yo espiro»,
Y entónces desmayada,

Abrazada á la Cruz cayó rendida
Y así apagóse su postrer mirada.

Y todo se acabó..... Roncos gemidos,
Silencio sepulcral, miedo y espanto,
Sollozos comprimidos,
Ayes profundos, soledad y llanto
Allí quedó despues; y en sus tormentos
Las almas angustiadas que velaban,
Cayeron de rodillas;
Y en tanto que sus preces elevaban
Con el llanto escaldaban sus megillas.

Y al doble funeral de cien campanas
Que el alma hieren con dolientes sonos,
Y al eco que en las cúspides lejanas
Difunden entre el humo los cañones,
Y al canto que la Iglesia generosa
Eleva del piadoso santuario
Al bendecir su losa
En el nombre del Dios de las clemencias,
Y al bautizar su nicho funerario
Con el agua feliz de las creencias
Nacidas en las cumbres del Calvario,
Tembló sobre su mole de granito
Aquel gigante que taladra el viento
Para servir de trono al Infinito:

Y roto el pavimento
Y abiertos los sepulcros de cien reyes
Que allí descansan, las inmensas glorias
Que aquellas nobles tumbas encerraban,
Vieron entre su duelo
Que los restos entre ellas se quedaban
Mientras el alma se volaba al cielo.

ANTONIO ALCALDE VALLADARES.

EN LA MUERTE

DE S. M. LA REINA DOÑA MERCEDES.

Como en la tempestad cansada el ave
Busca el calor suave
Del tibio nido que su amor encierra;
Así en la lucha mundanal sin calma
Busca su nido el alma,
Ave errante tambien sobre la tierra.

¡Virtud, amor, belleza, poesía,
Todo en su tumba fria
Reposa en hondo y misterioso duelo;
Y su alma vírgen, sin dolor profundo,
Si pura vino al mundo,
Con la misma pureza volvió al cielo!

¡Cayó del Trono en el sepulcro helado!
¿Mas por qué despiadado
Salta el llanto al pensar en su memoria?
¿Y he dicho que murió? ¡Nunca! ¡No es cierto!
Si el mundo toca á muerto;
Yo sé que en cambio el cielo toca á gloria!

JUAN ANTONIO CAVESTANY.

L'ANGEL DE ESPANYA

À LA MEMORIA DE LA REINA MERCÉ D'ORLEANS.

I.

«—Senyor!—ulls baxos, devant Deu, clamava
Un àngel, ab l'estel
Tot clarejant en lo seu front de lliri,—
Senyor! una mercé!

Vullau que baixi al mon: jo sé una dama
Qu'un temps, alsant la creu,
D'un pol á l'altre pol la feu estendre,
Lo cor de vos tot ple.

Sos fills, mes de set setgles contrastaren
Lo muzlimich poder,
Y allá enceneren en les noves Indies
La llum de vostra fe.

D'argent y or la fortuna la vestia,
La gloria de solell;
Demunt son cap brillava del pervindre
Lo lluminar encès.

En son realme qu'un lleó custodia
Corria'l tempes seré,
De vostres dons caenthi la rosada,
Ventura y joy ensemps.

Sa gloriosa senyera donava ombra
Fins á ignorats endrets;
Sos desitxs eran triunfos y conquistes,
Y ses paraules lleys.

Mes, are plora sa grandor perduda;
Y en llit dolvós y fret
Jau planyent de sos fills l'errada via,
Los fets fora de seny.

La malaltia sa bellesa esborra,
El dol la consumeix;
Lo lleó á sos peus, tot famolent y magre,
Ja si ha perdut la veu.

Son ceptre, mitx romput, ja no fa tembra
Lo mon, de pòr sospes;
Y n'es ben pobre, y n'es ben desdixada,
Sens qui li don' remey!

Les qui foren ses serves escarnintla,
L'empenyen al avench;
Y fins ses glorias, envejant, li minvan,
Y van contra son dret.

Placians que hi baixé, Senyor, á consolarla;
A obrirli de ple'n ple
Lo doll de l'esperansa, y retornarli
La salut ab mon bes.

Jo volria referli sa garlanda,
Y l'urna del encens
Que'ls princeps li oferian, d'or la copa
Dèl entusiasme ver.

Allá ab mes ales á la nau perduda
Donarli'l dols oreig
Que á la platje del be tornás endurla
Tornás á son esser.

Tendre engranarli de son coll les perles,
Y cobrirla ab mon vel;
Sarzir sa vesta real espallissada
Ab l'or de mos cabells.

Y axecar lo seu cor qu'inmensa engruna
De sa misèria'l pes.
Vullau qui hi baxe, oh Deu! mercé per ella.
Jo allá 'm diré *Mercé*» —

II.

Sonrigué Deu, y l'àngel l'ala estesa,
Recorregué l'espay;
Y quant entrava á l'ombra de la terra
Son estel apagá.

Llavors naxia en un verger de Espanya
Filla de estirpe real;
Y prendat l'àngel de la flor poncella,
En son cors s'hi encarná.

Y *Mercé's* deya, y era tendra y dolsa.
Jamay lo fresch embat
Vinclada havia mes gentil floreta
Demunt roser tan alt.

Jamay l'aubada havia dat ses perles
Ni lo sol d'or sos raigs
A un llir de mes albor ni mes pureza,
Ni de perfum mes sant.

Del àngel en son front radios'ne duya
Lo sagell celestial;
Y á son entorn lluía com un'auba
D' amor tot clarejant.

La dama la mirava embadalida,
Y al fons de sos ulls clars
Hi llegia un poëma de esperansa,
De venturosa pau.

Y deya á los seus fills: «—Si de la pena

Tench are'l cor nafrat,

Dins lo coret d'un ángel s'hi destila

L'amor que 'm sanará.—»

Y ni la febra ardenta, ni la guerra

Qui's feya entre germans,

Ni l'ira de mals fills, ni la ventada

De folles impietats;

Ni los escarns, ni del verí la copa,

Ni los traidors punyals,

Endursela'n pogueren á la fossa:

Qui espera no mor may.

Y en tant lo rey minyó'ls graons pujava

Del trono secular

Ahont segueren Anfosos y Ferrandos,

Lleys á dos mons dictant.

Y deyen de cada ángle de l'Iberia,

Vers ell tots los esguards:

«—Ventura, si á la patria sa grandesa

Ab son alt seny tornás!»—

Lo ceptre y la corona, dol y joya

¿Qui' ab ell compartirá?

¿Qui serà la coloma que conquiste

Son cor y son palau?

¿Qui la floreta que son llit perfume?
¿Qui l'astre de son fat?
¿Y qui l' esposa que d'amor li fassa
Un trono molt mes alt?
¿Qui l'àngel fael qu'alluny les males ombres
Qu'entorn li van voltant,
Y qu'encengue per ell y per la patria
Sol de felicitat?»—
Y éll hi pensava, tot sonrient al poble,
Y deya enamorat:
«—Per ella la ternura, per vosaltres
Lo pensament y'l braç.
Tendreu ab ella tot l'amor de mare
Que cab dins un cor gran.
Y demanant á Deu mercé per voltros,
Mercé 's nomenará.—»

III.

Exi tothom per véurela jolia,
Sobre totes gentil,
Com l'estel d'auba que lo sol espera
Per fondre hi tot son brill.
Lo vel blanch de la casta desposada
Com nubolet sutil,
Amagar no podia sa bellesa,
Sos ulls de xerafi.

D'amor radiosa tota y de esperansa,
Dels flaires dels jasmins
De la garlanda que son front cenyia
Lo realme se'n omplí.

La mare Espanya palpitant de joya
Alsá son cor ardit,
Curantse de l'angoxa, y á sos llábis
Tornava 'l dols sonris,

Al escoltarne les esparces tendres
Dels trovadors divins,
Qui cantaren joyosos en la nossa
Gestes del temps antich.

L'arbre de les ventures qui's marcía
Tornava á reverdir,
El mirava ab amor la real esposa
Per que tot vert floris.

Y les poncelles ja esclatar s'hi veyen,
Les floretes d'Abril,
Al sol lusent que'n lo cel blau rompia
Lesombres de la nit.

Mes ay, de l'alegria de la terra
Lo cel n'estava trist,
Auyorant de son cor lo mes bell ángel,
La virtut mes humil.

Y digué Deu:— «Jo vull, vull en ma gloria

L'estrella qui's parti,

Vull que torne la flor mes perfumada

A ornar mon paradís.

Si vol mercé la terra qui l'alberga

Jo ni'n faré d'aquí:

Del goig etern no hi cab en lo realme

Tristesa ni sospirs.»—

Y un núbol negre va cobrir l'Espanya,

E hi ressoná lo crit

De l'óliba, y lo tró de la tempesta

Retrunyia allá endins.

Y llarch udol per tot l'espai llasantne.

Lo lleó par qui's morís;

Y bullia la mar inflada y sorda

En lo fons del abim.

IV.

Jaent en lo llit nupcial, y en sa bellesa

Les ombres de la mort,

Deya la reina nina, la reina ángel

Al afligit espos:

«—M'es greu morir: m'es greu perque tu ploras:

Puis vull lo que tu vols,

Restar volria ab tú en la terra trista

Pera texirte'l goig.

Mes ¿qué hi fá que s'estena á dins la tomba
Ert y glassat lo cors,
Si vora teu mon esperit hi vesta
Y vella per ta sort?

¿Que hi fa qu'exa bellesa d'un sol dia
S'en vage com les flors
Que'l vent esfulla, si amorosa y tendra
Romanch á dins ton cor?

¡Que lo teu poble's plany! ¡Sanglota Espanya!
Jo li daré consol:
Posada als peus de Deu, allá'n la gloria,
Guardiana 'n seré jo.

Les ales amples que la tomba'm torne
Li ferán lo redos
Que resgarde la nau de la ventada
Y s'en entre en lo port.

¡Que's mals volers sorollan! L'armonia
Faré que'l rech hi amoll.
¡Qu'atia la discordia! Ma pregaria
Apagará son foch.

¡Que vé la nuvolada! Jo per fónndrela
Trametré un raig de sol.
Seré l'teu ángel, l'ángel de la patria:
Seré'l be de tothom. —

Y á l' esposa l'espos la má estrenyia
Y deya sens consol:
— «Jo perd avuy molt mes que ma corona;
Jo perd lo sant tresor
De l'ánima, la vida, l'esperansa,
Tots los meus sómits d'or;
Y les espines del poder me restañ
Que fins veda mon plor.»—
Y seguia estrenyent la ma del idol,
Y en la mar de son dol,
No s'adonava que sols ja estrenyia
Los despulls de la mort.

V.

Ahí alegria y festa; dol, tristesa
En tots los cors avuy.
— «Es morta l'esperanza» —de tots diuen
Les llágrimes dels ulls.
Espanya apar ab vesta tota negra,
Lo cor penós y mut.
¡Ay, quin buyt per l'espós y per la patria!
¡Ay, valguens Deu, quin buyt!
Lo clam de les campanes qui gemegan,
Y los prechs de difunts,
Esfareyexen l'ánima qui plora
Lo clar estel qui's fuyt.

Y al cel mirar no gosa per no veure
La ráfaga de llum
Qu'ha dexat al pujarse'n á la gloria,
Al cel de mes amunt.

Y á demanar á Deu mercé en la angoxa
Par qui no gos' ningú,
Per no portar á la memoria trista
La *Mercé* qu' ha perdut.

Y allá dins la capella tota ardenta
Jauen los reals despulls,
El poble hi va per la darrera volta,
Dins lo palau remull

De llágrimes sens fi de tota Espanya,
A veure malestruch
Le cors ahont la bondat se jorna y feya
Y tanta de virtut.

Y allá entre el poble 'l trovador suspira,
De pena 'l cor romput,
Y li deyen:— «Entona l'elegia
Que trista hi sents dins tú.»

Y responia 'l poeta suspirantne
Llagrimejant sos ulls:
—Lo que se sent un poch no mes se canta,
Penes que 'l cant s'en dú.

Mes per la qu'are tot lo cor m'abeura,
Pel dolor y l'anutz
Qu'esquinsan fins lo fons de mes entranyes,
Lo poeta 'n resta mut.

Jamay le sentiment mes trist, mes íntim
Del ánima ne surt;
May la pena qu'huy sent lo fill de Espanya
La cantarà ningú. • —

GERONI ROSSELLÓ.

EN LA MUERTE DE LA REINA

DOÑA MARÍA DE LAS MERCEDES.

¿A dónde van esas gentes?
¿Por qué á las puertas se agolpan
De palacio, y en silencio
Se deslizan como sombras?

Si alguien sale, lo rodean
Y á media voz le interrogan,
Pintándose en los semblantes
Una expresion dolorosa.

Ningun rumor se percibe,
Selladas están las bocas,
Que allí, tras aquellos muros,
Presa de fiebre traidora,

La flor del risueño Bétis,
De Alfonso preciada joya,
Va poco á poco plegando
Las hojas de su corola.

La esperanza y el temor
Los corazones agovian,
Que solo puede un milagro
Detenerla ante la fosa.

Por eso las buenas gentes
Se deslizan como sombras,
Llevando el llanto en los ojos
Y la oracion en la boca.

Del cañon el estampido
Con voz potente pregona
Que ya el ángel de San Telmo
Entre los querubes mora.

El silencio se interrumpe
Y aterrada y temblorosa
Una apretada falange
Contra el alcázar se agolpa.

Ya que la vida no vuelve
Á animar su faz hermosa,
Quieren verla y despedirla
Y guardarla en su memoria.

En el salon de columnas,
Expuesta con régia pompa,
La que fué Reina de España
Eterno descanso goza.

Modesta en todo, no ciñen
Sus sienes régia corona,
Que su noble frente cubren
Los pliegues de humilde toca.

Burdo sayal de estameña,
No rico manto, la adorna,
Y el ebúrneo y breve pié
Se encierra en sandalia tosca.

Por eso las buenas gentes
Que su sencillez valoran,
En torno de su cadáver
De bendiciones la colman,
Y hay llanto en todos los ojos,
Y plegarias fervorosas
Elevan todas las almas
En tributo á su memoria.

¡Cuán breve fué tu reinado!
¡Cruzaste cual leve sombra
Por el mundo y por el trono
Sin preciarte de su pompa!

No canté tus alegrías
Al celebrarse tus bodas,
Y hoy consagro á tu recuerdo
Un pensamiento, Señora.

Si puede llegar á tí,
Acógele bondadosa
Al par que las bendiciones
De que las gentes te colman,
Flor que plegaste tan pronto
Las hojas de tu corola,
Ángel que tan pronto el vuelo
Tendiste á la eterna gloria.

JULIA DE MOYA.

EN LA MUERTE DE S. M. LA REINA.

SONETO.

La pura luz de la inocencia hermosa
Ornó su bello cuerpo adolescente:
Tuvo en los labios suavidad riënte
Y en las miradas claridad piadosa.

No le vedó su cuna ser dichosa:
Tiñó el fuego de amor su casta frente,
Y esclavizando un corazon ardiente
Fué tierna amante y adorada esposa.

Astro de bendicion que prometia
Rasgar las nubes del hispano cielo,
Se eclipsó cuando más resplandecia.

Llora Alfonso rendido al desconsuelo,
La pátria le acompaña en su agonía
Ella sólo es feliz en tanto duelo.

JUAN DE QUIROGA.

BALADA.

GUADALQUIVIR.

¿Qué has hecho, Manzanares,
De aquella niña,
Que te dí para Reina
Cual lo era mía?
¡Tu hálito estéril
Secó en flor la hermosura
De mi Mercedes!

MANZANARES.

Yo te la puse, hermano,
Sobre mi trono,
Para ejemplo y envidia
Del mundo todo.....
Como era un ángel,
Desde allí voló al cielo
Con sus iguales.

VICENTE BARRANTES.

Á LA SENTIDA MUERTE

DE LA MALOGRADA REINA

DOÑA MARÍA DE LAS MERCEDES DE ORLEANS Y BORBON.

Jóven, bella, poderosa,
Tenía, áun valiendo tanto,
Mayor y más raro encanto:
El de ser muy virtuosa.

Tan peregrina grandeza
Vió un pueblo con alborozo:
Yo la aplaudí; mas mi gozo
Nubló una vaga tristeza.

Y es que pensé, con pavor,
Que en el mundo van de prisa
El llanto tras de la risa,
Tras del placer el dolor.

¿Dónde está aquella ventura,
Dónde aquella bienandanza
Y tanta dulce esperanza?
Dentro de una sepultura.

De amor dos sonrisas bellas
Se unieron con lazo fuerte:
Más poderosa, la muerte
Vino á colocarse entre ellas.

Y es que, con fiero rigor,
En el mundo van de prisa
El llanto tras de la risa,
Tras del placer el dolor.

JOSÉ MARCO.

LA TUMBA EN EL ESCORIAL.

Pura assai più che candida colomba

PETRARCA: *Trionfo d'Amore.*

I.

Pueblo que ansioso te agolpas

Á las puertas del alcázar

Templo ayer de la alegría,

Hoy de la afliccion morada;

Pueblo que el llanto reprimes

Y en la pena que te embarga

Das al mundo testimonio

Del amor á tus monarcas,

Freno pon á la zozobra,

No codicien tus miradas

Á través del ancho muro

Llegar á la régia estancia.

Allí espirando en el lecho

Yace la Reina de España,

Y al contemplar su agonía

Se te ha de partir el alma.

Ya empieza á mostrar sus rayos
La tímida luz del alba
Que tíbiamente colora
Las cumbres del Guadarrama.....

¿Qué voz retumba en los aires?
¿Por qué las alegres salvas?
¡Hoy cumple diez y ocho abriles
La que el sólio ibero esmalta!

¿Y cómo á tan fausto anuncio,
En vez de festivas galas,
¡Ay de mí! sólo se mezclan
Ayes y tristes plegarias?...

Sumo Dios omnipotente,
Orígen, esencia y causa
De cuanto ven nuestros ojos
Y la inmensidad abarca,

Mira benigno á la hermosa
De sus pueblos esperanza;
No des tan amargo cáliz
Al que amante la idolatra;

Apiádente los sollozos
Que del hondo pecho exhalan
El padre infeliz, la madre
Que la tuvo en sus entrañas;

Muévante ¡oh Dios! las angustias
De las miserables hermanas,

Los gemidos y clamores
Del corazón de la patria!

La hermosura de Mercedes,
La bondad que la realza,
El valor con que sucumbe,
Su virtud, su fé cristiana,

Emboten el duro filo
De la pérfida guadaña:
¿Quién más digna de la vida?
¡Salvadla, Señor, salvadla!

II.

Al espléndido edificio
Que audaz se remonta al cielo,
Del gran Felipe segundo
Palacio y sepulcro á un tiempo,
Desde la Corte de España,
Sumida en amargo duelo,
Taciturno y silencioso
Llega el fúnebre cortejo.

Ni lágrimas ni suspiros
Á la muerte detuvieron,
Que no hay poder en lo humano
Capaz de doblar su cetro.

Sorda á las tiernas plegarias
Y al dolor de todo un pueblo,
Con afán inexorable
Cumplió el terrible decreto.

La voluntad soberana
Del que rige el firmamento
Y en mares de luz se abisma,
Sábido, incomprensible, inmenso,
De la flor gala del Trono
Despojó al mísero suelo,
Privándonos para siempre
Del perfume de su aliento.

La piadosa comitiva
Llega á las puertas del templo;
Allí con amor los Grandes,
Mayordomos y Monteros

El féretro en hombros toman,
Colócanlo bajo el centro
De la bóveda encumbrada,
De arte y fé raro portento,

Y al punto en dolientes voces
Eleva preces el clero
Por el alma casta y pura
Que goza descanso eterno.

III.

Tiende su manto la noche
Sobre la fábrica altiva
Que tanta y tanta grandeza
De la patria simboliza.

Todo en el sacro recinto
Calma y silencio respira;
Ya de los fúnebres cantos
Ni el eco en los aires vibra.

Medrosa muestra la luna
Por entre densas neblinas
De sus rayos tembladores
La argentada luz esquiva,
Mientras rendidos al peso
Del dolor y la fatiga,
Lamentable patrimonio
De aquel tristísimo día,

En sueño que á veces turban
Angustiosas pesadillas
Ó entrecortados suspiros,
Todos duermen en la villa.

Las bóvedas gigantescas
Del egregio templo, cifra
De los triunfos que pregonan
San Quintin y Gravelinas,

Y que del mártir Lorenzo
La hispánica fé sublima,
De oscura sombra cubiertas
Respeto y pavor inspiran.

Ante el ara sacrosanta,
Cual faro que al puerto guía,
De una luz tibios fulgores
Á lo léjos se divisan.

Crece de pronto: sus rayos
Las negras sombras disipan
Con inciertas llamaradas
Que fuegos fátuos similan,

Y á la fosfórica lumbre
Que baña en cárdenas tintas
Del cincel de Arfe y Lëoni
Las estátuas peregrinas,

En los altos mausoléos
Súbitamente se animan,
Como si el bronce y el oro
Cobrasen aliento y vida,

La noble efigie del César
Que al César romano eclipsa,
La del segundo Felipe
Valladar á la heregía,

La de aquella flor del Luso
En temprana edad marchita,

La de Isabel, la de Cárlos,
Azote de su familia.

Ya de la altura descenden
En que yacen de rodillas;
Ya barren sus ámplios mantos
La marmórea gradería;

Por el rico pavimento
Ya sin rumor se deslizan;
Y cual sombras impalpables
Que al tocarlas se disipan,

Cruzan la verja cerrada
De la lóbrega capilla
Que de la augusta Mercedes
Guarda las yertas cenizas.

Allí postrado de hinojos,
Besando la cruz bendita
Que entre las pálidas manos
De la jóven Reina brilla,

El que fué asombro del orbe
Que á su voz se estremecía:

— «¡Feliz tú, dijo, que gozas
Del empíreo las delicias!

¡Feliz, pues en verdes años,
Como cierva fugitiva,
Dejas el mísero suelo,
Pozo de alevés perfidias!

• Yo que logré para España
Sin igual soberanía

Y que al carro imperatorio
Llevé la victoria uncida,

• De tu plácida inocencia
Miro la paz con envidia,
Ángel que vuelves al seno
De la patria primitiva. •

Calló; y el magno Felipe
Cuyos ojos ilumina
Luz que parece del foco
De perpétua luz nacida,

Con acento penetrante,
Fija en Mercedes la vista
Y sus restos contemplando
En actitud dolorida,

Exclamó:—«Cándida esposa,
Que ya las alturas pisas
Donde falacias del mundo
En vano á llegar aspiran,

»Bien vengas á esta morada
Que aún espléndida cobija
Los magníficos despojos
De la hispana Monarquía.

»Morir es nacer: al puerto
De eterna salud arribas

Donde los buenos disfrutan
Inefables armonías.

» En el mar de lo increíble,
Fuente de perenne dicha,
Entre rosas inmortales
Que blando perfume espiran,

» Galardon á tus virtudes
Recoges ya las primicias
Del bien que logran las almas
Libres de torpe mancilla.

» Hoy que la humana soberbia
No halla freno que la rija,
Roto el lazo que á los hombres
En mútuos deberes liga;

» Cuando roedores gusanos
Venenoso diente aplican
Á las fecundas raíces
De la secular encina,

» Y esclava del apetito
Muchedumbre descrëida
Busca en ciegas libertades
Escudo á vil tiranía,

» Solo del Rey de los reyes
La mirada compasiva
Puede salvar á los pueblos
De tan bárbara ignominia!

» Alfonso que su esperanza
Puso en tí con alma y vida,
Rey previsor, fino amante,
Íris de paz en Castilla,

» Por sus precoces alientos,
Por su amor á la justicia,
Por el ánsia con que anhela
Cerrar profundas heridas

» Merece que Dios lo escude,
Hoy que áun los fuertes vacilan
Y que á la antigua obediencia
Sucede audaz rebeldía.

» Celestial intercesora
Impétralo tú sumisa,
Y de tan puros amores
España su bien reciba.»

Así habló el Rey poderoso
Que dejó su gloria escrita
Con perpétuos caracteres
En la Octava maravilla.—

Lanzando acerbo suspiro
La bella y dulce María
Que en el abril más risueño
Perdió al ser madre la vida,

Los ojos clavó en Mercedes
Con interna simpatía,

Miró á Isabel, miró á Cárlos,
Quiso hablar, y enmudecida,
Tornando á Felipe el rostro
Cariñosa y compasiva,
Prorumpió en lágrimas tristes
Que inundaron sus megillas.

Astro de paz, Isabela
Templa el dolor de María;
Y con el plácido acento
De una conciencia tranquila,
Vuelta á Mercedes, exclama
Con benévola sonrisa:

— «Casta flor del Manzanares
Allá en el Betis crecida,
¡Feliz la que nace hermosa
Y en sueño de amor espira!
¡Feliz la que deja el mundo
De impuras pasiones limpia!

«Yo tambien en verdes años
Crucé esta senda de espinas
Que el tierno amor de Felipe
Trocó en vergel de delicias.

«Yo tambien bajé al sepulcro
Cuando alegre sonreía,
Dejando en el caro esposo
Parte del alma cautiva.

• En vano el rencor verdugo
De las altas jerarquías
Manchar intentó mi nombre
Con la voz de la mentira.

• En vano eclipsar presumen
De Felipe la hidalguía
Falaces calumniadores
En su saña vengativa.

• Aunque hipócritas lo execran
Y fanáticos lo pintan
Como déspota sangriento,
Cual tirano parricida.....

— ¡Basta ya! gritó indignado,
Ardiendo su pecho en ira,
Don Carlos, causa inocente
De invenciones tan inícuas.

» ¡Basta ya! que aún en la tumba
La impiedad me martiriza
De quien por odio á mi padre
Mis delirios santifica.

• No de príncipe rebelde
Merezco el infando estigma,
Ni de la herética turba
La bastarda simpatía.

• Harto los pérfidos saben,
Cuando tanto engaño afirman,

Que fué mi fatal locura
Triste herencia de familia.

• ¡Oh noble Reina Mercedes,
Feliz la que en santa dicha
Coronas frágiles trueca
Por la que no se marchita! • —

Calló: terríficas nubes
Envolvieron la capilla,
Tornáronse las estátuas
Al lugar en que yacian,
Y una voz clamó en los aires
Por el eco repetida:

• ¡Feliz la que nace hermosa
Y en sueño de amor espira! •

MANUEL CAÑETE.

Á S. M. EL REY DON ALFONSO XII,

EN LA MUERTE DE SU ADORADA ESPOSA.

¡Qué dolorosa sorpresa!
Gloria, belleza, ilusion,
Bajar del Trono á la huesa
Cual rápida exhalacion
Que la atmósfera atraviesa!

¡Mercedes!... ¡Flor de Castilla!
Al rayar su juventud,
Piadosa, tierna y sencilla,
Astro de paz y virtud,
Alumbró la régia silla.

Hiriendo el sacro dosel,
Jamás dió la muerte dura
Una muestra más cruël
De su terrible nivel
A la humana criatura...

Quedó en tí de amor y duelo,
Alfonso, indeleble huella ;
Mas tu esposa santa y bella
Tomó del ángel el vuelo ;
Llora por tí, no por ella.

Mostró en soberana altura
Dulce y cristiana humildad,
Y embebida en su ventura,
No le infundió vanidad
Ni el cetro ni la hermosura.

¿Quién seguirla no quisiera,
Llevando, con gloria igual,
Á la celestial esfera
Su túnica angelical
Sin una mancha siquiera?...

¿Qué son los sueños del hombre,
Las grandezas del Monarca,
Qué son poder y renombre
Ante ese dolor sin nombre
Que la vida entera abarca?

Sólo hay gemir y llorar
Si viene tanto pesar
De tanta ventura en pos ;
Que á nádie es dado juzgar
De los designios de Dios.

Las dichas del porvenir
No borrarán de tu mente
Aquella serena frente,
Aquel dulce sonreir,
Aquel mirar inocente...

Vendrá á iluminar tu vida
Otra dorada ilusion;
Mas de la ilusion perdida
Llevarás siempre la herida
Abierta en el corazon.

L. A. DE CUETO, MARQUÉS DE VALMAR.

Paris, 1878.



EN LA MUERTE DE LA REINA MERCEDES.

Ya la tierra esconde avara
De su cuerpo los despojos;
Pero aquella imágen cara
Ni un instante se separa
De la mente y de los ojos.

Para quien la vió no ha muerto.
Aun viven en mi memoria
Su rostro, florido huerto;
Su risa, cielo entreabierto
Que dejaba ver la gloria.

Aquel sublime y sencillo
Conjuntó de perfecciones
Que ayer daba envidia y brillo
Al pueblo donde Murillo
La soñó en sus Concepciones.

Aquel divino candor,
Aquel alma toda amor
De que hizo la fé su templo,
Y la modestia su ejemplo,
Y su dechado el pudor.

Lazo que reunió en un haz
Tanta ambicion pertinaz,
Íris que en el cielo asoma,
Blanca, inocente paloma
Mensajera de la paz.

Subió al trono la doncella
Por pura, por noble y bella.
No amó la pareja fiel
Ni ménos que Alfonsos, ella;
Ni ménos que ángeles, él.

Comunicó su contento
El monarca á la nacion,
Y aun debe agitar el viento
De tanto «viva» el acento
Y el brillo de tanto hachon.

Hubo lucidas funciones,
Y en diversas ocasiones
El placer rayó en locura;
Pero la fiesta más pura
Estuvo en los corazones.

Pues juzgó prueba sincera
De un alma firme y entera
La gente propia y la extraña
Que escogiese el rey de España
Por amor su compañera.

La dicha es fuente del bien,
Y de un trono hecho un eden
¿Qué virtud no iba á brotar?
Monarca que ama á su hogar
Ama á su pueblo también.

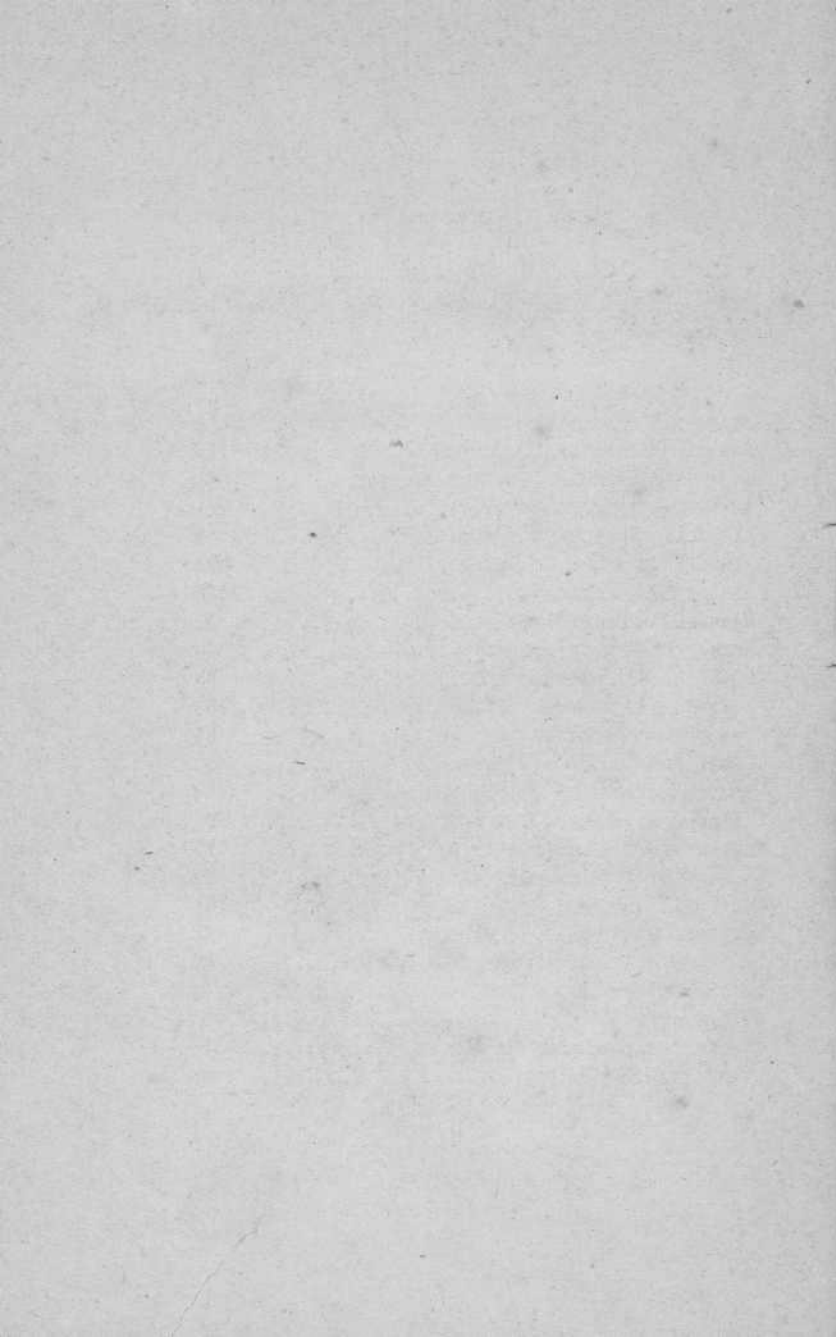
El rey, de su reina ufano,
La alzó, prendiendo su mano,
Al solio de ambas Castillas,
Y la adoró de rodillas
Caballero y soberano.

¡Ambiciosa voluntad!
¡Terrible provocacion!
¡Funesta temeridad!
Un trono y un corazon.....
¡Es mucha felicidad!

No sufre tan alta suerte
La Parca, del triunfo herida,
Y á él su guadaña convierte.
¡Tiene odio al amor la muerte
Porque el amor es la vida!

CARLOS COELLO.

FIN.



INDICE DE AUTORES POR ORDEN ALFABÉTICO DE APELLIDOS.

	Páginas.
ALARCON (D. Pedro Antonio de).....	100
ALCALDE VALLADARES (D. Antonio).....	110
ARNAO (D. Antonio).....	69
AVILÉS (D. Ángel).....	31
BARALLAT Y FALGUERA (D. Celestino).....	104
BAROJA (D. Serafin).....	92
BARRANTES (D. Vicente).....	135
BARRERA (D. Pedro María).....	27
BERMEJO (D. Idefonso Antonio).....	96
BIEDMA (Doña Patrocinio de).....	88
CAMPO-ARANA (D. José).....	103
CANO Y MASAS (D. Leopoldo).....	36
CÁNOVAS DEL CASTILLO (D. Antonio).....	54
CAÑETE (D. Manuel).....	138
CATALINA (D. Manuel).....	20
CAVESTANY (D. Juan Antonio).....	117
CERVINO (D. Joaquín José).....	82
COELLO (D. Carlos).....	9 y 154
COMPOSICION ANÓNIMA.....	38
DESPUJOL (D. José María de).....	32
ESTRELLA (D. Gabriel).....	74
FASTENRATH (D. Juan).....	58
FERNANDEZ Y GONZALEZ (D. Manuel).....	18
FRONTAURA (D. Carlos).....	68

GARCÍA BALMASEDA (Doña Joaquina).....	90
GARCÍA GUTIERREZ (D. Antonio).....	15
GARCÍA Y SANTISTÉBAN (D. Rafael).....	35
GASPAR (D. Enrique).....	48
GUERRERO (D. Teodoro).....	37
GONZALEZ DE TEJADA (D. José).....	75
GRANÉS (D. Salvador María).....	67
HARTZENBUSCH (D. Juan Eugenio).....	14
HEREDIA (Marqués de).....	80
JACKSON VEYAN (D. José).....	17
MARCO (D. José).....	136
MENENDEZ PELAYO (D. Marcelino).....	78
MOYA (Doña Julia de).....	130
PALACIO (D. Manuel del).....	43
PALAU (D. Melchor de).....	94
PEREZ ECHEVARRÍA (D. Francisco).....	50
PERIAGO (D. Tomás).....	72
QUEROL (D. Vicente Wenceslao).....	49
QUIROGA (D. Juan de).....	134
RODRIGUEZ RUBÍ (D. Tomás).....	16
ROMANA (D. Federico de la).....	89
ROSELL (D. Cayetano).....	85
ROSELLÓ (D. Jerónimo).....	118
SAEZ DE MELGAR (Doña Faustina).....	19
SELGAS (D. José).....	109
SEPÚLVEDA (D. Ricardo).....	84
SUAREZ CAPALLEJA (D. Víctor).....	26
VALMAR (Marqués de).....	151
VEGA (D. Ricardo).....	45
ZORRILLA (D. José).....	56



UNIVERSIDAD DE BILBAO
BIBLIOTECA

Hállase de venta al precio de **dos pesetas** en las principales librerías.

Los pedidos á la casa editorial de Medina, calle de Campomanes, núm. 8, principal.

D
19

1993

D-1
1993